

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-N.º 12.

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 de Agosto de 1903

CRÓNICA CIENTÍFICA

Radiografía.—El cuerpo humano como radiador: Interesantes experimentos, por el profesor Goodspeed.—El radium en la «Royal Institution», de Inglaterra: Conferencia por el profesor Curie, de la Sorbonne.—La cura del cáncer por el radium: Consideraciones sociológicas.

La radiografía es la gran novedad científica: las revistas de todos los países rebosan de detalles interesantes acerca de los experimentos practicados en todos los laboratorios del mundo, sobresaliendo algunos hechos y varias observaciones que han venido á aumentar el caudal de los conocimientos humanos. Llámasele «La nueva química», porque abre horizontes incomparablemente más grandiosos que los que permitan los antiguos métodos y las hipótesis que, no obstante—como la teoría atómica de Dalton,—prestaron tan grandes servicios en su tiempo. Compárasela también á la astronomía, pero á una astronomía de lo infinitamente pequeño, en que el átomo es un universo cuyos sistemas solares y nebulosas están representados por los *comets*.

Según lord Kelvin, en una de sus obras de vulgarización científica á propósito de la pequeñez del átomo, si una gota de agua la imaginamos tan grande como el globo terráqueo, los átomos podrían representarse como bolas de billar. La observación de ciertos hechos en radiografía ha llevado á suponer á ciertos sabios que el átomo es á la gota de agua como la sala de la Opera al punto final que termina esta frase.

Pues profundizando más, la teoría atómica, que durante un siglo sirvió de base á la química moderna, se ve forzada á ceder su puesto á la teoría eónica, ó del electron. ¿Hasta dónde llegarán los descubrimientos que producirá esa substitución!

* *

Conocida es la facultad que poseen los rayos X de excitar en los objetos, y aun en el cuerpo humano, radiaciones secundarias capaces de impresionar una placa fotográfica; pues el *Pennsylvanian*, órgano oficial de la Universidad de Pensylvania, hace saber que el profesor Goodspeed, de aquella Universidad, ha logrado fotografiar objetos en una cámara absolutamente oscura, y sus numerosos experimentos le han conducido á descubrir que no solamente los cuerpos animados, sino toda suerte de materia inerte, absorben constantemente rayos ú ondas luminosas de diferentes longitudes, que emiten luego como rayos de una longitud determinada, y que esos rayos son característicos de la materia que los emite.

Aunque reciente el descubrimiento y apenas entrevista la nueva vía científico-progresiva que acaba de abrirse, se arriesgan las más atrevidas suposiciones acerca de su influencia futura; hay quien espera que la emisión de los rayos emitidos por el cuerpo humano—la físico-radiografía, como ya la denominan,—podrá indicar, según la intensi-

dad de los rayos, la constitución física del sujeto; otros esperan determinar la causa del hipnotismo, y hay quien se alarga á prometerse la fotografía del pensamiento.

Los experimentos de Goodspeed son hijos de una casualidad, ocurrida en el pasado Abril, hallándose en su laboratorio á punto de fotografiar por medio de los rayos X: empleaba como soporte un trespiés terminado por un anillo de hierro, sobre el cual colocaba la caja que contenía la placa sensible, cuya película se hallaba vuelta hacia los rayos que venían de arriba. Cuando el experimentador desarrolló la placa, quedó sorprendido al ver que la acción de los rayos X había sido influida por el anillo que soportaba la caja. Repetido el experimento, dió constantemente los mismos resultados, y comenzó por interponer entre los rayos y la placa un ancho anillo de bronce, y, al desarrollarse la placa, mostró una imagen oscura del anillo de hierro colocado debajo, mientras que la parte del anillo de bronce que excedía de esa imagen se hallaba apenas indicada por una sombra ligera. Repitió el experimento con diferentes metales, y pudo observar que cada uno producía un efecto especial característico.

El experimento más concluyente fué el siguiente: en una caja absolutamente impenetrable á la luz colocó una redoma de Crookes en operación, cuyos rayos se dirigían hacia arriba; sobre dicha caja colocó varias placas de plomo absolutamente impenetrables á los rayos X, y sobre ellas otra caja tan impenetrable como la anterior conteniendo una placa sensible. Sobre esta última caja colocó un cilindro de cobre abierto por ambas extremidades y con una abertura en la pared lateral, y sobre la parte superior del cilindro colocó dos espesas placas de cinc que le cubrían por completo.

Estando así todo preparado para el experimento, puso sobre la cubierta que contenía la placa una moneda, una sortija de oro y un pedazo de aluminio, y el profesor, á la distancia de unos 75 centímetros de la caja que contenía la redoma de Crookes, puso una mano frente á la abertura de la pared del cilindro de cobre, á una distancia de diez centímetros.

Después de haber conservado esta posición durante tres minutos, se desarrolló la placa, y se encontró que tenía la imagen notablemente clara de los tres objetos colocados sobre la cubierta de la caja.

La conclusión que del hecho saca el profesor Goodspeed es que el cuerpo humano absorbe los rayos X, los cuales se transforman en él y se emiten en seguida como *rayos humanos*, y piensa que esas emanaciones secundarias en los laboratorios en que se emplean los rayos X son las que causan esa desagradable inflamación de los ojos y de la garganta, observada y no explicada hasta el presente.

* *

El profesor Curie, de la Sorbona, y la Sra. Curie, los conquistadores del radium, dichos conquistadores que, sin causar víctima alguna, pueden salvar muchas, se han presentado, en una conferencia en la «Royal Institution» de Inglaterra, ante todas las notabilidades científicas.

M. Curie demostró que el radium, elevando el termómetro tres grados, y siendo capaz de hacer hervir el aire líquido, no pierde nada de su temperatura propia; y como ejemplo de la fuerza de penetración de los rayos del radium, se proyectó sobre la pantalla luminosa una fotografía del contenido de una bolsa, tomada por medio de esos rayos.

La concurrencia ovacionó á los esposos que tan importantes servicios prestan á la ciencia.

* *

La estadística suministra datos inquietantes acerca del cáncer, gravísima enfermedad sobre cuyas causas y remedios se sabe poco. Se le han aplicado todas las recientes creaciones de la física y de la química, desde el frío intenso producido por la aplicación del aire líquido, hasta los rayos X, siempre con éxitos dudosos. ¿Seríamos más dichosos con el novísimo procedimiento del radium, recientemente ensayado en el hospital londinense de Chasing-Cross por el Dr. Mackenzis-Davidson? Hasta el presente sólo se han hecho tres experimentos, que han resultado tres curaciones, con la circunstancia notable de que se trata de tres casos en que habían fracasado los rayos X. Cuatro exposiciones de un cuarto de hora cada una, con varios días de intervalo, ante ese maravilloso radium, bastaron para vencer un cáncer superficial de la nariz; hay que advertir que los otros dos casos son también superficiales. Respecto de los tumores profundos, el eminente cirujano no ha tenido tiempo de experimentar el nuevo procedimiento, y no quiere aventurar predicciones, prefiriendo siempre partir de hechos probados y comprobados.

He ahí un caso curioso aplicado al estudio de la famosa cuestión social: supongamos que el radium resultase un remedio seguro contra el cáncer. Es indudable que los únicos proletarios curados por él serán los del hospital londinense que sirvieron como sujetos de experimento, que curaron por una especie de chiripa científica, lo mismo que hubieran podido morir más pronto si el remedio hubiese resultado negativo.

Es evidente que un medicamento tan escaso y tan caro como el radium no se aplicará á infelices que, trabajando toda su vida, no alcanzarían todos los jornales reunidos para comprar un átomo de radium. Ese medicamento sólo podrá curar pacientes desde millonarios para arriba. Los pobres, respecto de tales remedios, sólo son utilizables como los perros y las cobayas, es decir, como materia de experiencia.

Carrida del Mármol.

SOBRE LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

Desde los tiempos primitivos la mujer ha sido considerada como una cosa hecha expresamente por Dios para placer y regalo del hombre. En las conversaciones vulgares podemos recoger diferentes modismos, donde el pueblo ha cristalizado esta creencia. Al mismo concepto responde también la fabula religiosa del Paraiso terrenal:

«20. Y puso Adán nombres á toda bestia y ave de los cielos y á todo animal del campo; mas para Adán no halló ayuda que *estuviese* idónea con él.

»21. Y Jehová, Dios, hizo caer sueño sobre Adán, y se quedó dormido; entonces tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar.

»22. Y de la costilla que Jehová, Dios, tomó del hombre, hizo una mujer y trájola al hombre (1).»

Todavía hoy, personalidades de tanto relieve en el mundo de la filosofía como Schopenhauer y Nietzsche, vierten sobre la mujer un verdadero torrente de injurias. Para el primero, nuestra compañera es un ser inferior, falto de inteligencia y de sensibilidad artística. Sus morbideces antójansele al incurable pesimista alemán, repulsivas y feas. Él ama las angulosidades varoniles, los huesos duros y descarnados. «Es antiestética é *inestética*»—dice de la mujer—significando con esto que, no sólo carece de la emotividad necesaria

(1) Capítulo 2.º del Génesis.

para experimentar una sensación de belleza, sino que, además, constituye un atentado á la belleza misma con su cuerpo «deforme, grosero é inarmónico». Nietzsche, sugestionado quizás en este caso, como en otros muchos, por las doctrinas de su predecesor, se expide acerca de la mujer en frases muy parecidas. Según él, carece la mujer de fuerza y de voluntad, es naturalmente débil y se halla predestinada á sufrir, por todos los siglos, el yugo de la fortaleza masculina. «La mujer—escribe—es *el quiere*. El hombre es *yo quiero*. El alma de la mujer es como esa película, frágil é inconsistente, que recubre la superficie de algunos lagos.

No acaban aquí todavía los denuestos que la ciencia contemporánea se ha complacido lanzar sobre la mujer. Ferry, el famoso antropólogo italiano, más equilibrado sin duda, y tal vez más culto que Nietzsche y que Schopenhauer, pero seguramente menos intuitivo, menos vidente, menos genial que ellos, ha sostenido, con respecto á la mujer, una opinión idéntica. El dato en que la fundamenta no puede ser más convincente (?): «La mujer—dice—pierde por completo la conciencia de su entidad psíquica al experimentar el espasmo sensual del amor. El hombre, no; percibe intensamente el placer carnal, pero éste no absorbe nunca toda su entidad pensante.»

Por su parte, los padres santos han profesado siempre á la mujer un odio irreductible. No citamos textos porque esto sería hacer una digresión impropia de nuestro estudio. En general, conceptuaban á la mujer como un demonio. Han llegado á llamarla sapo, áspid, culebra y mil cosas por el estilo. En sus obras la describieron de una manera horripilante: conjunto de alinañas la cabellera, garras en vez de manos y los senos plétóricos de ponzoña.

*
*
*

Hay algo de verdad en todo esto, fuerza es confesarlo, pero no de verdad absoluta, profunda é íntegra, sino de verdad superficial. Se ha juzgado á la mujer por fuera, en sus manifestaciones exteriores, sin analizar las causas que las originan. Esto, por lo que atañe á la ciencia. La religión ha obrado con menos justicia aún. Sus anatemas no son producto de un examen, más ó menos acertado: sonlo del sectarismo, que la ha regido siempre.

¿Inferior la mujer? ¿Débil? ¿Vanidosa? No. Inferiorizada, debilitada, infatuada más bien. La mujer es una víctima del hombre, de la ignorancia del hombre, del medio que el hombre le impuso para su desarrollo. Si la mujer hubiera podido poner en funciones todos sus órganos, hallárase hoy á nuestra misma altura, es indudable. Pero relegada á una condición mezquina, sujeta á tareas en las que el cerebro y los músculos no intervienen apenas, se hizo débil, física é intelectualmente.

Hemos recabado para nosotros todos los ejercicios de fuerza y de entendimiento. *Motu proprio*, nos hemos abrogado el derecho inalienable de guerrear, de legislar y de pensar. Hemos talado los bosques, cazado las fieras, levantado las ciudades, publicado obras, realizado inventos científicos... Y como la función hace el órgano, en estas prácticas nuestros miembros experimentaron una gran evolución y nuestro cerebro se desarrolló progresivamente. La mujer, durante este enorme lapso de tiempo, amamantó á los chicos, nos aderezó la comida y nos zurció los calcetines. Claro es que su organismo, ya que no se ha atrofiado, no pudo seguir tampoco la corriente evolutiva que nos condujo á nuestro actual grado de perfeccionamiento. ¿Quién, pues, puede estigmatizar á quién? En nuestro humilde sentir, no es el hombre el autorizado para protestar: es la mujer quien debe erguirse ante el hombre exigiendo, soberbiamente, la inteligencia y la fuerza de que éste la despojó.

Abriendo ahora un pequeño paréntesis, meditemos un poco las frases de Schopenhauer, Nietzsche, etc., que hemos citado al comenzar este artículo. El misoginismo de primero es una consecuencia de su degeneración mental; quizás lo sea también de su degeneración orgánica. Ignoramos si Schopenhauer ha tenido hijos; si los ha tenido y los ha querido, debió bendecir las redondeces que despreció; si no los tuvo, pudo pensar, al menos, que sin esas redondeces y esas turgencias, él no hubiera venido al mundo para combatirlos. Schopenhauer, odiando las caderas fecundas de la mujer, es un monstruo de ingratitud. Por otro lado, é insistiendo en esto de la fealdad femenina, debemos observar que el hombre, cuando ha querido simbolizar en el arte un ideal de belleza, recurrió á la mujer, considerándola el ser más hermoso de la creación. Y como la belleza es cosa indefinible é irreglamentable, el argumento más poderoso que se puede oponer á la teoría schopenhaueriana es el de la atracción ejercida sobre el hombre por las morbideces de la mujer. Ley de vida es que en el hombre produzca la mujer la más alta sensación estética y que la mujer experimente en su mayor intensidad esta misma sensación al verse delante del hombre. Sólo un degenerado puede eximirme de este precepto natural.

Las palabras de Nietzsche merecennos idéntica opinión que los juicios de su maestro. Nietzsche ha sido siempre un auto-sugestionado por su afán de superhombria, y donde dice que la mujer carece de voluntad, debe leerse que él deseaba verla desprovista de ella. Hay que distinguir.

La argumentación de Ferry es más frágil aún que lo dicho por Schopenhauer y Nietzsche. El hecho de que la mujer perciba más intensamente que el hombre el placer sensual, no dice nada en contra de ella. Creemos, al contrario, que la dignifica. Por ese camino, Ferry, llegará á aceptar la anafrodisia como resultante de una civilización superior.

Lo de los padres santos se destruye por sí mismo. No nos tomaremos, pues, la molestia de refutarlo.

En contra de todo esto, nosotros afirmamos que la mujer es más delicada, más bondadosa, más sensitiva que el hombre. La hemos visto muchas veces verter raudales de llanto en presencia de una desgracia; la hemos visto furiosa, vibrante de indignación, perder la vida por defender á sus hijos; la hemos visto impresionada profundamente por el relato de una miseria, y la hemos visto, en fin, gozosa, alborozada ante la felicidad de su prójimo. Esta exquisita sensibilidad moral es base de una exquisita sensibilidad artística.

Claro que si colocamos en Bayreuth á una mujer vulgar y le hacemos oír los truenos sublimes del *Tanhauser*, se cansará, acabando por aburrirse. En cambio, divertiráse extraordinariamente á los acordes de un bailable callejero. De aquí deducen los antipartidarios de la mujer que ésta es impresionable tan solo por las frivolidades del arte corriente, sin profundidad ni tendencias. Pero lo mismo ocurre con todos aquellos hombres que no han podido adquirir una cultura artística ni cultivar convenientemente su sistema nervioso. Lo importante en este caso consiste, pues, en analizar los sentimientos naturales de la mujer, su capacidad intelectual y la bondad de su corazón. El hecho de que estas cualidades se hallan agenesiadas, no hace más que comprobar nuestra tesis de que si hoy la mujer es inferior á nosotros, su inferioridad es una consecuencia accidental del medio en que se ha desarrollado.

Cierto que á nosotros nos ha influenciado también, perniciosamente, el medio social. Pero después de todo, nosotros somos víctimas de nosotros mismos, mientras la mujer es víctima de sí misma y de nosotros á la vez. Sobre el cerebro del hombre, oprimiéndolo y deprimiéndolo, pesan dos mil años de alcohol. Sobre el cerebro de la mujer pesan veinte siglos de cristianismo, que es algo mil veces más desastroso. La religión impuso á la mujer

el deber de ser obediente, pasiva, humilde, resignada; sojuzgóla á la coyunda masculina por medio del matrimonio, y entorpeció el engranaje de su cerebro con su doctrina puerca y asquerosa. La religión, utilizando á la mujer como un instrumento de dominio, ha sido su enemigo más encarnizado.

Y bien. Es preciso que la mujer trate de reconquistar el terreno perdido. Vivimos en época de batallar incesante; las ideas fulguran, como dardos de oro, sobre los bandos en lucha, y los combatientes, abrazado el escudo y empuñada la espada, tificen con sangre fecunda el campo de la palestra. La mujer no puede abstraerse á este movimiento; ella es la encargada de educar las generaciones nacientes, preparando sus cerebros para la vida de la inteligencia y sus corazones para la vida del amor. Una causa, tal vez la más poderosa de nuestra miseria material y moral, estriba precisamente en la actual condición de la mujer. Débil de cuerpo y de espíritu, los hombres que engendra vienen al mundo con todas sus debilidades. Después, incapacitada para ello, no les enseña á observar ni á pensar; les da hechos pensamientos y observaciones, ilógicos los unos y falsas las otras, bajo cuya carga caminamos luego, sin poder levantar el espíritu para ver por propia cuenta.

Hace falta, repetimos, que la mujer vindique sus derechos, pues de otro modo la Humanidad nunca podrá ser libre. La mujer es la compañera, la hermana, la amiga, la hija y la madre del hombre; nuestro porvenir depende, por lo tanto, del suyo. ¡Y será de ver el perfeccionamiento humano cuando la mujer y el hombre, abrazados estrechamente en una exaltación de amor sin trabas, caminen de frente al sol por los campos de la Vida! Todas las manifestaciones de ésta serán entonces hermosas y habrán de reflejarse en el arte con sus energías, bien orientadas; con sus pasiones, cultivadas convenientemente.

El arte contemporáneo, como la vida contemporánea, es un arte híbrido, insexuado, andrógino. El arte futuro será un arte *duplex*, digámoslo así, en el cual señalaránse distintamente dos potencias diversas, buscándose y completándose: la potencia masculina y la potencia femenina. ¿Existe esto en la actual literatura, en la pintura, en la escultura de nuestros días? Nosotros no echamos de ver qué diferencia pueda existir entre doña Emilia Pardo Bazán, por ejemplo, y el Sr. Pérez Galdós. Ambos han descrito amorfos de zagales con zagalas, de príncipes con princesas, de modestos burócratas con paupérrimas modistillas; pero en tales descripciones no han sabido ser sinceros con su sexo hasta el punto que éste se pueda colegir por la lectura de aquéllas.

Hay excepciones, verdad. Backounine, el gigante demoleedor de todo lo existente, duro y tenaz como un acero, es un escritor masculino, realmente masculino. Mad. Severine, tierna y delicada, conmoviéndose en lo más íntimo de su estructura psíquica ante el espectáculo de las miserias sociales, defendiendo á todos los oprimidos, reclamando el pan de que se ha despojado á todos los hambrientos, es una escritora intensamente femenina. Las obras de ambos «se buscan y se completan»; en ellas parece notarse eso de las *afinidades electivas* que sirve de tesis á la famosa novela de Goethe. Pero Mad. Severine y Miguel Backounine son dos excepciones, tal vez las únicas de todo el arte moderno.

Y es que, sometida la mujer á nuestro dominio, pisoteada por nuestra planta, aislada en la cocina y humillada en la alcoba, no pudo intervenir eficazmente en el arte, imprimiéndole el sello vigoroso de su personalidad.

Para dignificar el arte como para dignificar la especie y la vida, es preciso que dignifiquemos primero á la mujer.

Julio Camba.

EL CASTILLO MALDITO

(CONTINUACIÓN)

MARÍA

No, señor; el que viene desde Reus andando es mi hijo.

LABRADOR

¿Y le espera usted?

MARÍA

Sí.

LABRADOR

¿Se va á vivir usted á Villafranca?

MARÍA

No señor... *(llora.)*

LABRADOR

¿Qué tiene usted, señora? ¿Le ocurre algo? ¡Dígame usted la verdad!

MARÍA

A mi hijo le llevan preso desde Reus hasta Barcelona por la carretera, andando.

LABRADOR

¿Ha cometido algún crimen?

MARÍA

No, señor; mi hijo, es más bueno que el pan.

LABRADOR

Algo habrá hecho cuando tan mal le trata la autoridad.

MARÍA

Regentaba un colegio laico en Reus, y lo han detenido con motivo de la bomba que explotó en Barcelona la semana pasada.

LABRADOR

¿Es Montseny el hijo de usted, señora?

MARÍA

Sí, señor.

LABRADOR

¿El que anoche durmió en la cárcel de Vendrell?

MARÍA

Sí, señor.

LABRADOR

Cuando sus amigos supieron que estaba allí, le mandaron á la cárcel un colchón y comida, ofreciéndosele en lo que pudieran servirle.

MARÍA

Ya me lo contó él mismo, y vi el colchón y la cena; no tenía apetito.

LABRADOR

¿Habló usted con él?

MARÍA

Sí, señor. Cuando supe que se lo habían llevado en medio de dos guardias civiles... *(aparece Juan por la izquierda entre dos civiles; va esposado.)*

ESCENA IV

Labrador, María, Juan y dos civiles.

JUAN

(consigo mismo.) ¡Mi madre! *(Juan va esposado; debajo del brazo lleva un paraguas y con los dedos sostiene un pequeño lio de ropa.)*

MARÍA

¡Hijo mío! *(corriendo hacia él y abrazándolo.)*

CIVIL 1.º

(al Labrador.) ¿Qué hace usted aquí? *(este guardia lleva un rollo de papel lacraado; es el cuadro de los mártires de Chicago que le han quitado á Juan, y representa el cuerpo de su delito.)*

LABRADOR

¿Le preguntaba á la señora...?

CIVIL 1.º

¿A usted qué le importa? Andando...

(El Labrador se interna en la viña de la derecha.)

CIVIL 2.º

Siéntese usted, buen anciano; aguardaremos á la otra pareja, y entretanto liaremos un cigarro.

JUAN

No llores, madre mía; eso no será nada. En cuanto llegue á Barcelona y hable con el juez me suelta en seguida.

(Los civiles se sientan debajo del algarrobo y se enjugan el sudor de la frente. María y Juan continúan de pie esperando cada uno que el otro se siente en la piedra.)

CIVIL 1.º

¿No se sientan ustedes?

JUAN

Siéntate, madre, estarás cansada.

MARÍA

Siéntate tú, que debes estarlo más que yo.

JUAN

Yo no estoy cansado; ya sabes lo que de niño andaba contigo. ¿Te acuerdas, madre mía, de cuando íbamos por los pueblos á vender tela?

MARÍA

Sí, hijo mío, sí; has sido muy bueno siempre, y tan mal como te tratan los que no saben lo que vales *(llora.)*

CIVIL 2.º

No llore usted, buena mujer, que no le va á pasar nada malo á su hijo de usted.

JUAN

No llores más, madre mía, que me haces llorar á mí también.

MARÍA

(dominándose para no entristecer á su hijo.) Si no lloro.

CIVIL 1.º

(á Juan.) ¿Quiere usted un cigarro?

JUAN

No fumo.

CIVIL 2.º

¿Quiere usted echar un trago?

JUAN

No bebo.

CIVIL 1.º

Vamos, no quiere usted nada de los civiles.

JUAN

Es que no fumo ni bebo vino.

MARÍA

Nunca ha fumado; de beber, sí ha bebido, pero hace unos cuantos años que no bebe.

CIVIL 2.º

(levantándose.) ¡Ea! Ya están aquí los otros; haremos la entrega y continuará el viajecito.

(A lo lejos se ve venir á dos civiles, uno á cada lado de la carretera; al llegar donde están los otros se saludan y reínen; hablan en voz baja, los primeros entregan á los segundos el rollo de papel y un sobre cerrado que el civil 1.º se saca de la mochila.)

ESCENA V

Los mismos y dos civiles más.

CIVIL 3.º

Buena mujer, usted no puede continuar andando hasta Barcelona.

MARÍA

Ya lo sé; he venido únicamente para ver á mi hijo y entregarle esta maletita con ropa para mudarse.

(Los civiles hablan de nuevo en voz baja.)

MARÍA

(á Juan.) Te pondré el lío dentro de la maleta.

JUAN

Muy bien, y ataremos el paraguas con las correas *(María hace lo que su hijo le indica)*. Ahora sácame una cuerda que tengo en el bolsillo de la chaqueta y ponla de manera que pueda llevar la maleta á las espaldas como si fuese una mochila *(pausa; María hace lo que se le indica)*. Así, esto es.

MARÍA

(intentando colocársela.) ¡Ah!, pero si no te quitan las esposas no podré colocarte...

CIVIL. 3.º

(*acercándose*). Se las quitaremos, mujer, se las quitaremos para que su hijo de usted ande lo mejor posible y usted se vaya contenta (*se las quita*).

MARÍA

Muchas gracias.

(*El civil se reúne otra vez con sus compañeros diciéndoles algo; los otros asienten á lo que se les dice; entretanto María ayuda á su hijo á ponerse la maleta á la espalda en forma de mochila*).

CIVIL. 3.º

(*á María y Juan*). ¿Estamos?

JUAN

Si (*presenta las manos para que se las espasen otra vez*).

CIVIL. 3.º

Pues, andando, sin esposas por ahora.

MARÍA

Gracias, señor civil.

JUAN

Salud y quédate contenta, madre mía.

(*Madre é hijo se abrazan y se besan; después Juan se dirige hacia el foro seguido de los civiles 3.º y 4.º María los ve partir de pie en medio de la carretera frente la piedra; los otros civiles desaparecen por la izquierda, el telón baja poco á poco. Futín ha desaparecido también con sus guardianes; María rompe á llorar al quedarse sola en la escena, y se sienta en la piedra mientras el telón cae del todo*).

CUADRO QUINTO

Decoración.

Representa parte del interior del cuartel de Arazanas de Barcelona. La escena está dividida en dos mitades iguales, por una pared de cuatro metros de profundidad; al final de la cual bajará el telón del foro. De esta pared á los bastidores de la derecha, un calabozo que recibe la luz del día por una reja situada en el fondo y que da á un patio estrecho, y de la pared á los bastidores de la izquierda, un cuarto que antes había servido de cuerpo de guardia;

en medio de la pared vertical del centro, una puerta y en esta puerta una ventanilla; enfrente de la puerta, lado izquierdo, estará de continuo un soldado del cuerpo de ingenieros, quien de cuando en cuando mirará hacia dentro del calabozo por la ventanilla; en el calabozo están tendidos, casi amontonados, un número de hombres que no bajará de veinte, el calabozo completamente á oscuras; el cuarto de la izquierda, estará iluminado por un farol de aceite que pende del techo.

Aparece Juan por la izquierda tal como lo hemos visto partir en el cuadro anterior, seguido de un sargento de ingenieros en traje de cuartel que abre la puerta sin decir palabra, empuja á Juan hacia dentro del calabozo y cierra la puerta otra vez.

ESCENA VI

Juan, Barrera, Jenaro, Tomás, Ricardo, Narciso, Miguel, Enrique y otros obreros, hasta veinte.

BARRERA

¡Alto, alto; no des un paso que vas á caer encima de otros presos!

JUAN

(*se para; luego dice*). ¿No se puede andar?

BARRERA

Espera que encendamos un cabo de vela. ¿Tienes cerillas?

JUAN

Yo no.

BARRERA

(*vez alla*). ¿Quién tiene cerillas de vosotros?

JENARO

Enrique, y está durmiendo.

BARRERA

Despiértalo.

JENARO

El caso es que no sé dónde se ha tendido (*va palpando todos los presos; algunos despiertan murmurando*).

NARCISO

¡Ah, ch! ¿Qué es eso?

BARRERA

¡Calla, hombre!

NARCISO

¡Vaya una manera de despertar á la gente!

JENARO

(á un preso que está tendido en el rincón del fondo izquierda). Enrique, ¿eres tú?

ENRIQUE

Enrique, ¿qué más? ¿Otra vez la policía?

MIGUEL

(levantando la cabeza). ¿Se puede dormir, caballeros?

JENARO

(á Enrique). ¡Si soy yo hombre, si soy yo que te pido cerillas para alumbrar á uno que ahora ha entrado, y como no se puede dar un paso...

ENRIQUE

Eso es otra cosa (se busca la caja de cerillas por todos los bolsillos). Si la habré perdido (dando con ella). Aguarda hombre, que ya pareció. (Enciende una cerilla y encendida se la da á Jenaro, quien á su vez enciende el cabo de vela que le alarga Barrera; el calabozo queda iluminado con la luz de una vela. Juan se adelanta cuidando de no pisar á los presos que están tendidos, unos despiertos y otros dormidos; coloca la maleta arrimada á la pared de la derecha y se sienta encima).

BARRERA

(á Juan). ¿A ti no te han detenido en Barcelona?

JUAN

Ni en su provincia.

RICARDO

(incorporándose). ¡Otra, remoño! ¡Ya verifican detenciones en las demás provincias!

MIGUEL

¡Cuando yo digo que Montjuich se va á llenar de presos!

BARRERA

¿Y dónde te han detenido?

JUAN

En Reus.

BARRERA

¡En Reus! ¿Cómo te llamas?

JUAN

Montseny.

BARRERA

Montseny! ¿Tú eres Montseny?

JUAN

Sí.

NARCISO, RICARDO y MIGUEL

(urmando escándalo). ¡Montseny, Montseny! (los presos que continuaban dormidos se despiertan restregándose los ojos; otros murmuran frases ininteligibles, quedándose sentados y algunos se levantan; el centinela se acerca á la ventanilla é intenta imponer silencio con un st)...

TOMÁS

¡Conque tú eres Montseny!

BARRERA

¿Y llegas ahora?

JUAN

Sí.

RICARDO

¡Si no llegan trenes á estas horas, hombre!

JUAN

He venido andando.

BARRERA

¿Desde Reus? ¡Qué barbaridad!

JUAN

Y en dos jornadas y esposado.

JENARO

Brutal manera de tratar á la gente.

MIGUEL

¡Si ellos nos enseñan!...

NARCISO

Pero no les hacemos caso.

TOMÁS

¡En cuánto venga la nuestra!...

RICARDO

Si no la vamos á buscar.

MIGUEL

¡Tú lo has dicho!

CENTINELA

(vos baja y arrimando la cara á la ventanilla), ¡Ojo, que está aquí Portas!

LOS PRESOS

(del uno al otro). ¡Portas, Portas, Portas!

JUAN

Este centinela es un buen muchacho.

BARRERA

El nos ha facilitado este cabo de vela.

(Aparece Portas por la izquierda; se pasa un momento; entre tanto dos soldados colocan una mesa y dos sillas en medio del aposento de la izquierda; los presos van repitiendo aún en voz baja el nombre de ¡Portas! como si fuese el de una maldición. Juan se acerca á la ventanilla, el centinela lo nota y hace lo mismo disimuladamente, mirando con recelo á Portas.)

ESCENA VII

Los mismos, Portas, Sargento y un soldado de infantería.

PORTAS

(al soldado). Siéntate.

(El soldado se sienta cerca de la mesa y desdobra el rollo de papel que resulta ser de barba, y espera.)

SARGENTO

(de la izquierda). A la orden de usted, mi teniente.

PORTAS

(sentándose en otra silla). Que salga Narciso Puig.

SARGENTO

(abre la puerta del calabozo). ¡Narciso Puig! (Sale Narciso y se para frente de Portas.)

PORTAS

¿Cómo te llamas?

NARCISO

Narciso Puig.

(El secretario toma nota de lo que contestan los presos.)

PORTAS

¿Cuántos años tienes, y dónde vives?

NARCISO

Veintiocho, y vivo en la calle de Poniente, 2A, 4.º, 1.º

PORTAS

¿Eres anarquista?

NARCISO

No, señor.

PORTAS

¿Cómo que no! ¿Y estos periódicos *(mostrándole ejemplares de El Productor)* que la policía encontró en tu casa?

NARCISO

Los repartían gratis en el mitin que el domingo pasado se celebró en el Teatro de la Gran Vía.

PORTAS

No estás tú mal gran... pícaro. Sal al patio y espera.

(Narciso desaparece por la puerta de la izquierda; Portas lee una lista de nombres.)

PORTAS

(al sargento). ¡Que salga Juan Montseny!

SARGENTO

(abre la puerta del calabozo). Juan Montseny. (Sale Juan y se para también frente de Portas.)

PORTAS

¿Cómo se llama usted?

JUAN

Juan Montseny.

PORTAS

¿Qué edad tiene usted?

JUAN

Treinta y dos años.

PORTAS

¿Es usted anarquista?

JUAN

Sí, señor.

PORTAS

¿Comunista ó colectivista?

JUAN

Anarquista solamente.

PORTAS

Bueno; pero usted militará en uno de los dos bandos en que se dividen los anarquistas.

JUAN

Considero que la anarquía es la libertad sin condiciones, y que, por lo tanto, no admite encasillados.

PORTAS

Explíqueme usted lo que hizo el domingo, día 7.

JUAN

¿Durante todo el día, ó en una hora determinada?

PORTAS

De seis á ocho de la tarde.

JUAN

Estuve paseando en compañía de tres concejales del Ayuntamiento amigos míos, que se llaman Juan Vergés Marcos, Federico Romero y mi primo Hipólito Montseny. A las siete, poco más ó menos, visitamos los cuatro la fábrica de cerámica de mi primo; á las siete y media ó á los ocho menos cuarto, me despedí de aquellos amigos para ir con mi señora al Centro de Lectura, como teníamos por costumbre todos los domingos.

PORTAS

¿Qué profesión ejerce usted en Reus?

JUAN

Regento un colegio.

PORTAS

¿Es cierto que usted enseña á los niños canciones anarquistas?

JUAN

No, señor; entonamos himnos á la ciencia; el laicismo no es anarquista.

PORTAS

(sacándose folletos de una cartera). ¿Es usted el autor de estos folletos? Uno se titula *Ley de la vida*, otro *Sociología anarquista* y otro *El proceso de un gran crimen...* ¿Los ha escrito usted?

JUAN

¡Sí, señor!

PORTAS

¿Con qué propósitos los escribió usted?

JUAN

Los dos primeros con el de propagar mis ideas, y el último con el de poner de manifiesto los martirios á que fueron sometidos varios obreros...

PORTAS

Cara pagará usted la publicación de este folleto.

JUAN

¿Qué le vamos hacer!

PORTAS

(señalando hacia la izquierda). Ya verá usted lo que le hacemos.

Puede usted retirarse.

(Juan se retira por la izquierda).

PORTAS

(al sargento, que espera órdenes frente la puerta del calabozo). Pedro Barrera.

SARGENTO

(abriendo y desde la puerta). ¡Pedro Barrera!

(Sale Pedro Barrera y se coloca enfrente de Portas mientras cae el telón).

CUADRO SEXTO

ESCENA VIII

Decoración.

La escena representa la carretera de Montjuich, serpenteando cuesta arriba; á lo alto asoma la silueta del castillo; son las tres de la madrugada. La carretera arranca de los primeros bastidores del lado derecho. Por ambos lados de la carretera se ven mujeres y niños á la luz de las estrellas; están sentados y hablan en voz baja. Suben más mujeres y más niños, que pasan como fantasmas por delante del espectador y de la gente de la escena; no se saludan. Después aparecen varios hombres con gruesos garrotes, que suben la carretera de dos en dos. De estos hombres unos se colocan de pie á ambos lados de la carretera y otros continúan subiendo. A los dos minutos se oyen pisadas y murmullos. Amanece. Aparecen cinco ó seis hombres de aquellos de los garrotes andando de fondo; después un teniente de la Guardia

civil á caballo; detrás más civiles y á continuación una cuerda compuesta de 16 presos, entre los cuales se cuentan José Molas, José Mora, Cristóbal Solé, Jacinto Mestrich, Mateo Ripoll, Baldomero Alix, Cayetano Ollé, Fernando Tarrida, Federico Balart, Anselmo Lorenzo, Ramón Talarn, Juan Montseny y otros, cuyos nombres no recuerdo, hasta el número indicado. Los presos van atados de dos en dos, por medio de esposas en las muñecas y de una cuerda en los brazos que los ata á todos; en la mano que tienen libre llevan llos de ropa ó maletas. A uno y otro lado varios guardias civiles; detrás más civiles y más policía. Al aparecer en escena la comitiva las mujeres y los niños, que aguardan sentados á ambos lados de la carretera, se levantan gritando: «¡padre mío! ¡esposo de mi alma!», corriendo hacia ellos con el propósito de abrazarlos. La policía y la guardia civil impide que se acerquen á los presos, rechazando brutalmente á las mujeres y á los niños: éstos luchan á brazo partido con aquéllos para lograr su propósito; por un momento reina la confusión; todo el munda chilla y empuja; un teniente grita: «¡Que no se acerquen á los presos, rechazad á la gente sin contemplaciones!» Los

gritos no cesan; los presos se miran unos á otros, como diciéndose: «¿qué hacemos?» De pronto se remolinan, sueltan los llos que llevan en las manos libres y hacen esfuerzos para acudir en ayuda de los suyos. La confusión es general; las familias de los presos logran vencer la resistencia que ponen los guardias y los civiles, y se echan en brazos de sus padres y de sus esposos; los agentes de policía que habían pasado antes para situarse más arriba, bajan precipitadamente la cuesta; por la derecha aparecen también agentes de policía de los que estaban apostados más abajo. Con este esfuerzo logran separar á los presos de sus familias; éstas, al ser arrancadas de los brazos de sus deudos, gritan: «¡Asesinos, nos robáis á nuestros maridos inocentes!»—exclaman las esposas—; «¡verdugos de nuestros padres!»—dicen las hijas—; los niños gritan, chillan y lloran. Va cayendo el telón pausadamente mientras son echados á un lado de la carretera las mujeres y sus hijos. El teniente grita: ¡en marcha!, y la comitiva sube la cuesta silenciosa y penosamente. Los primeros rayos del sol alumbran la silueta del fatídico castillo. Cue el telón del cuadro.

Federico Urales

La falta del pastor Juan Stumpt.

En todas las ciudades alemanas, si acaso conocéis algún consumado bebedor de cerveza, os conducirá por la tarde, después de comer, hasta el fondo de un barrio popular donde se encuentra una obscura cervecería, desprovista de toda elegancia, á la que los conocidos van á buscar, reunidos, en una bebida deliciosa, todos los goces del organillo y del lúpulo. Entre las crines hirsutas de las caras teutónicas, los pequeños ojos amarillos se iluminan á la sola idea de esta morada encantadora. Vuestro amigo querrá daros un anticipo de la cosa; pero, ¿cómo manifestar con groseras palabras el supremo refinamiento de las sensaciones, en las cuales la esperanza diaria es la estrella que les guía? Allí está la frescura, la calidad, el perfume, y un cierto sabor que no se encuentra en otra parte más que allí: *el no sé qué*. Y entonces añade los johl y los jahl con muchos admirativos, si bien que quince minutos más tarde os lleva á pisar el empedrado resbaladizo de una callejuela ennegrecida, la que debe conducirnos después por algún callejón—como cosa clásica en todo paraíso—, del cielo el dios de la cerveza.

Una linterna ahumada, coronada de una muestra que á veces es una obra maestra de cerrajería antigua, es el signo que indica que detrás de aquellas paredes, impregnadas de

agrios olores, los gustos se realizan. Pasáis luego una puerta, y os encontráis allá en la misma situación de un Júpiter, el cual, para realizar sus placeres secretos, se rodeaba de nubes. Solamente los pasos, acompañados de ruido de vasos ó de objetos de alfarería, os advierten que vuestra nube es habitada. El hombre experimentado se queda quieto, aguardando que sus ojos se acostumbren á ella. Pronto, en efecto, percibe sombras que pasan cambiando palabras indicadoras de una cuenta: «Ocho, diez, doce, quince, veinte,» sin que jamás sea esto seguido de ninguna reflexión. Por último, descubriréis las mesas llenas de batallones de vasos alineados, y á menudo de jarros apatejados, en torno de los cuales los barbudos hijos de Odin (?) fuman en sus pipas, de las cuales se escapan espesos torbellinos de humo. De vez en cuando dejan de fumar para llevar á su boca el divino licor, y entonces se les ve cerrar los ojos, recogidos en una inefable plegaria de perfecta beatitud, dirigida á las potestades fabricadoras del rico néctar, y llenos de nuevo ardor después de elevar al cielo el homenaje de nuevas espirales de humo. El pueblo de las cervecerías vulgares es muy amante de charlar mientras está bebiendo y fumando. En este recinto de delicias inexpresables, el iniciado observa un silencio religioso. Las supremas felicidades son calladas.

El mes pasado, después de haber tomado asiento en la cervecería del *Weisser Loerre* (El león blanco), de la cual la ciudad de Zurich se enorgullece, traté de analizar mis confusas sensaciones, y no encontré en mí otra cosa que el respeto que inspira para un profano una religión desconocida, mientras mi amigo el profesor Hans Schumann, que me había abierto la puerta del templo, me invitó á realizar las ceremonias preparatorias de encender el fogón de la pipa, seguida luego de una libación generosa. Esto fué la entrada en materia. El aspecto general de *El león blanco* yo no sabría determinarlo, pues por él podría ser una colección zoológica con las fieras de barbas de oro, perdidas en los cambiantes de una dulcísima estupidez, dejando toda blancura—en el aspecto y en la ropa—en esta atmósfera ahumada. La cerveza de esta casa era buena seguramente; pero á pesar de mis concienzudos esfuerzos, no pude juzgarla superior á la de las otras cervecerías. Cuando hice partícipe de mi descubrimiento á mi introductor: «Le falta á usted tiempo y la experiencia, me dijo con una bonachona sonrisa de compasión; sobre todo, no diga una palabra en este sentido, porque no tendría usted razón.»

Llegó un profesor..., luego otro..., y al cabo de un rato se podría creer uno que asistía á una conferencia silenciosa de Politécnica. Luego caí embebido en mis ideas, y mirando frente á mí, me chocó el aspecto insólito de un adepto, en el cual el ardor al culto debía ser muy grande, á juzgar por el número de copas vaciadas en breve espacio de tiempo. No se veía más de él que un sombrero de fieltro negro hundido hasta la nariz, de la cual bajaba algo como una catarata por su barba blanca. Chupaba desesperadamente como para hacer comprender á cualquiera que el tabaco sólo podía hacer pasar la cerveza, así como la cerveza sólo podía hacer pasar el humo del tabaco. Tenía la rigidez del cuerpo como si fuera un cataleptico, y no tenía compañero alguno, y hasta parecía que prescindiese de sí mismo. De pronto levantó los dos círculos de oro de sus anteojos redondos hacia las vigas ahumadas del techo. Este era el signo convenido para un suplemento de cerveza. Luego la espesa espuma empezó á deslizarse lentamente por su barba, y después quedó abismado otra vez en la inmovilidad.

El cumplimiento de las ceremonias en un templo, para los que saben vivir, nunca es motivo de disputa. Desde aquel entonces estoy positivamente convencido de ello, y luego de que había huido todo pensamiento de mi cerebro, entre dos polos, cerveza y

(1) Dios de la mitología germánica.—(N. del T.)

tabaco, oscilaban mis vagas nociones de existencia. Cuando fumaba, entraba en apetito de cerveza, y bebiendo sentía necesidad de fumar. Cuando las dos sensaciones llegaban a destruirse, entonces es el signo de que ha llegado el momento de partir. No se necesitaron menos de tres horas para llegar á este resultado con el profesor Schumann, cuya ciencia profunda en geología es el orgullo de todos los cantones alemanes.

Al fin nos encontramos de nuevo en el andén de Limat, y habiendo el aire libre disipado mi cabeza, pregunté á mi acompañante:

—¿Os habéis fijado tal vez en el singular personaje que ha estado sentado enfrente de nosotros?

—¿Quién es el que no conoce á Juan Stumpf?

—Yo.

—¿Cómo! ¿No habéis leído nunca su historia en los periódicos? Pues no ha metido poco escándalo.

—¿Cuándo?

—No hace más de veinte años.

—Puede ser que la haya olvidado; ¿queréis, pues, recordármela?

—Ciertamente. El caso es curioso.

Y apoyándose de codos sobre el parapeto, enfrente de la gran flecha puntiaguda que dirige al cielo la fe religiosa de la comunidad de Zurich, el profesor Hans Schumann entró sin más rodeos en materia.

—Yo he conocido al doctor Juan Stumpf—el cual no permite que nadie le dé su título— hace ya unos treinta años. Había hecho brillantes estudios en Alemania y había venido, como pastor de almas, á fijar su residencia en Schwarzbach, cerca de Aaran. Entonces era lo que acostumbábamos á llamar un bueno y bello mozo, muy estirado encima de sus piernas, dotado de la más rara elocuencia y profundamente penetrado de las verdades de su carrera. Además, era muy dadivoso con los infortunados, á los cuales socorría liberalmente—su padre le había legado una muy cuantiosa fortuna;—se dedicaba de día y de noche á hacer visitas á los enfermos y á los «descreídos». Para Stumpf los «descreídos», y esto hay necesidad de decirlo, eran los hombres que no pensarán como él. Había trabajado tanto para hacerse una convicción personal, llegando á ello después de haber pasado tantas penas, que era para él un verdadero sufrimiento el encontrarse con alguna persona que no pensase de la misma manera en cualquier punto de teología. Lo mejor era todavía que en su ardor de propaganda buscaba la controversia, provocaba el debate, y este hombre, que no habría sido capaz de matar una pulga, concluía casi siempre por amenazar á su interlocutor con las penas del infierno para toda la eternidad. A menos de decir *amén* á cuanto decían sus labios, no se salía de su presencia más que condenado por causa de herejía. Esto, como es consiguiente, le había acarreado muchos enemigos, y yo debo convenir que, tanto tomando mucho como tomando poco de la religión, siempre el punto resulta enojoso, mayormente cuando os encontráis en presencia de un hombre que os reserva unos cuantos carbones encendidos de los que ha puesto en el infierno el Creador para que os aseis por toda la eternidad en otra vida. Por contra á todo esto, el doctor Stumpf reservaba en formal promesa una eternidad de dicha y felicidad á todos aquellos que le escuchaban embobados y con la boca cerrada sin hacerle objeción alguna á sus disquisiciones. Andando el tiempo, con estos procedimientos, sus más íntimos amigos se fueron convirtiendo en enemigos. Y sus enemigos han venido siguiendo fieles á la enemistad que le profesan, llegando á quedarse solo en contra de todos.

—¿Qué ha hecho, pues, este hombre?

—Vais á saberlo. Stumpf se había casado con una mujer muy hermosa, dotada de todas las virtudes, excelente cuidadora de su casa, criando á sus dos hijos—un niño y una niña—en el respeto á las doctrinas de su padre. Era inútil buscar algo que faltase á este pastor para ser feliz. En aquel entonces fué cuando nos hicimos amigos... y yo le quería mucho...

—Pero ¿por qué siendo amigos no le habéis hablado, ni tan siquiera saludado?

—Todos nosotros le queremos aún. Solamente hay la circunstancia de que la desgracia jo ha vuelto extravagante. Es preciso no interrumpirle en sus meditaciones, porque cuando quiere hablarnos todos estamos para él. Si le provocáramos á hablar le acarrearíamos una pena cruel, si es que quiere encontrarse solo consigo mismo. Yo concurre diariamente al *León blanco*, y hé aquí que después de encontrarme con él cada día en el mismo sitio, no hemos cambiado ni una sola palabra. Puede ser que mañana conversemos como si hubiésemos interrumpido nuestra discusión la víspera, con el bien entendido de que me guardaré muy bien de hacerle la más mínima alusión á su desgracia...

—¿Cuál es su desgracia?

—Si no me hubiéseis interrumpido ya la hubiérais sabido. El desgraciado Juan Stumpf, predicando las creencias—que, entre nosotros, debemos confesar que rechazan toda experiencia,—pretendía comprobarlas por el razonamiento. Frecuentemente se encontraba en desacuerdo consigo mismo, argumentando contra sus propios pensamientos, enojándose y discutiendo á voces, y prorrumpiendo en gritos de triunfo cuando había reducido á la impotencia á su contradictor imaginario. Volvióse sombrío y agitado, hablando á medias palabras, demostrando un grave estado de ánimo, del cual no osaba salir, hasta que un día dió rienda suelta á su boca. Entró en su casa violentamente, y encarándose con su mujer—que estaba arreglando su casa y limpiando los muebles, como hacen las mujeres en Suiza todos los sábados—, con los cabellos erizados, los ojos saliéndosele de las órbitas y las manos temblorosas, le dijo con una risa nerviosa y en un tono en que la tristeza y la alegría estaban mezcladas de un modo extraño:

—Adelaida, te hago saber que nos ha llegado una gran felicidad. Acabo de descubrir que no existe el diablo.

—¿Qué no hay diablo?—respondió su mujer dando un salto.—Eso es imposible, Juan. ¿De qué serviría el buen Dios?

—Sí. Esto mismo decía yo no hace más de ocho días, y yo era entonces simplemente un insensato. ¿Te acuerdas? Entonces condenaba á todo el mundo á las penas del infierno; pero confío en que Dios me perdonará de haber sido tan bestia, puesto que no es otra cosa que una estupidez profunda el haberle desconocido, creyendo que su bondad infinita podía acomodarse con el castigo de las penas del infierno. ¿Comprendes ahora, desgraciada? El buen Dios es el buen Dios, y entonces no puede ser malo.

—Juan, mi querido Juan; tú estás enfermo, tú blasfemas. El pastor Juan Stumpf no puede ir en contra de la religión.

—¿Ir yo contra la religión, Adelaida querida? Nunca tanto como ahora he estado lleno de fe, desbordante de amor hacia el Creador, cuya sublime bondad nos permite encontrar en las pruebas de este mundo una suficiente remisión á nuestras faltas.

—Cállate, Juan, cállate. Tú ultrajas á Dios, insensato. ¿Y es esto lo que vas á enseñar ahora á tus hijos?

—¿Mis hijos? ¡Cómo! ¿Tú quieres impedirme que suprima para ellos la perspectiva del infierno? ¿Pretendes acaso que sean quemados vivos toda la eternidad por haber cometido una simple falta? ¿Puedes vivir tú con esta idea?

—Yo vivo dentro de la religión que tú piensas destruir.

—No..., no... Ya verás mañana, cuando desde lo alto de la cátedra sagrada...

—Juan, tú no harás eso.

—Es necesario que lo haga. ¿Quieres impedirme que libre al mundo de sus terrores? Por mi conducto los hombres van á conocer la paz.

—La paz del crimen. Si tú haces eso, toda la cristiandad irá contra ti y serás maldito...

—Al contrario. Seré bendecido por todos los buenos.

—Nada debo añadir yo—prosiguió el profesor de geología—. Al día siguiente Juan Stumpf anunciaba dogmáticamente desde el púlpito la nueva verdad que acababa de descubrir, por gracia especial, al cumplir sus cuarenta años.

—¡No..., amigos cristianos—pronunciaba soberbiamente—; no existe el diablo! El espíritu del mal no es más que el producto de nuestros pobres cerebros en delirio. Dentro del Universo que la Providencia—Dios llena por completo, no hay sitio alguno para el diablo.

Una larga demostración siguió á esto, para hacer comprender que los suplicios eternos estaban en contradicción con la bondad divina. La Sra. Stumpf sollozaba en su banco. Los fieles, estupefactos, se preguntaban por qué motivo se había hecho ante ellos la negación del diablo, á causa de lo cual se produjo un murmullo inesperado, saliendo del Oficio divino poseídos de una agitación extrema y formando luego grupos, en los cuales se discutía y examinaba el caso.

—Está loco—decía el cervecero—. Si la bondad divina no comportase los suplicios del infierno, excluiría asimismo á los malos de la tierra.

—Es que sería condenado por esta palabra sacrílega—añadió el zapatero.

—¿Dejaremos subir á la cátedra sagrada—preguntaba el forjador— á un blasfemador execrable? Cuando niega la existencia del demonio es prueba de que es un ateo.

—Esta última palabra fué la que decidió la cuestión ese día. La multitud se presentó bajo las ventanas de la casa del pastor, y le escarnece y despreciaba á los gritos de *¡Abajo el ateo!*, y rompió á pedradas todos los cristales. Stumpf quiso asomarse al balcón, y entonces una piedra le hirió en la cabeza, viéndose obligado á retirarse. Por medio de la voz del pueblo, que es la voz de Dios, el pueblo de Swarbach vengaba al demonio ultrajado. Al día siguiente, á primera hora, la mujer se le escapó de casa con sus dos hijos, para irse con sus parientes que residen en Basilea. El muchacho trabaja actualmente en una relojería, y la muchacha dicen que no se casará más que con un francés para que no haya la probabilidad de que sea un ateo. Si Stumpf les ha visto despues alguna vez, es cosa que se ignora; y en cuanto á él, se ha refugiado consigo mismo, y trabaja en una gran obra, en la cual la no existencia del diablo será, según sus propias palabras, matemáticamente establecida. Todas las noches las pasa en el sitio donde le hemos visto; es como un hombre herido por un rayo; se pasa el tiempo fumando y bebiendo automáticamente. Ya sé que los franceses sois amantes de la borrachera ligera, y por esto nos reprocháis nuestras pesadas embriagueces de cerveza. Todo es cuestión de forma, querido señor. Los chinos son partidarios del opio y de la morfina, lo que es peor todavía... Pero puede muy bien ser que el diablo no exista, como lo asegura actualmente Juan Stumpf, lo cual no impide, según mi opinión, que haya un infierno, y en este caso yo no me sorprendería de que esa deplorable morada tuviese á nuestro mundo por receptáculo.

—Y Stumpf, ¿no os habló jamás de su aventura?

—Le encontré el año pasado en la calle Bahnhof, llevando un periódico en la mano, el cual me lo metió casi en la nariz.

—Ved—me dijo con sacudimientos de voz gutural que querían ser risas—, ved si es chusco esto y leed.

Era una historia de Federico el Grande, el cual, habiendo destituido á un pastor, cuyas descripciones demasiado realistas de los suplicios eternos habían hecho desmayar media docena de mujeres durante su prédica, recibió una petición en la cual la unanimidad de los fieles reclamaba la reposición del predicador. Lo que había hecho reír á Stumpf era lo que el rey había puesto al margen: *Si mis fieles súbditos quieren estar con el diablo, yo reconozco que no tengo el derecho de impedirselo.*

Versión castellana, por
P. de Etruria.

Crónicas de arte y de sociología.

PARIS

Los límites de lo cognoscible, por Félix le Dantec.—*Epicúreo*, por Marcel Renault. Delaplane, éditeur.—*La ley del divorcio*, por Alfredo Naquet. Fasquelle, éditeur.—*Octavo Mirbeau*, por E. Pilon. Bibliothèque internationale d'édition.—*Epiálogos*, por Rémy de Gourmont. Société du Mercure de France.—*Poemas* de Jules Laforgue y de Marc Lafargue. Société du Mercure de France.—*Una revista avanzada*.

Después del reinado de la sociología viene ahora el de la biología, que se quiere convertir en ciencia del porvenir. Filosóficamente, la biología implica un alegato en pro del materialismo, que recientemente parecía hallarse desprestigiado. Le Dantec, que es más filósofo de lo que él cree, á pesar de su ardor de polemista, da un carácter trascendental al materialismo. Y canta un responso á la metafísica, que considera extraña á la Naturaleza. Explicar la vida con un principio inmaterial, como hacen los vitalistas, dice Le Dantec que es no explicar nada.

Metchnikoff, que participa de las ideas de Le Dantec, quiere sacar de las mismas una significación optimista y cae en un error. Según las teorías biológicas de Le Dantec, la personalidad del individuo no existe, porque éste se transforma varias veces, en el curso de su vida, dado el trabajo de nutrición y de combustión de las células. Nos hallamos ante el transformismo que da un golpe de gracia al antropomorfismo. Pero ahora preguntamos, ¿qué idea infunde más optimismo al hombre? La de la persistencia de su personalidad. Desde este punto de vista, el cristianismo es más optimista, por cuanto promete la resurrección de la carne y la inmortalidad del alma. Y eso que, por lo común, se le considera como la religión de la Muerte. La verdad es que las teorías de Le Dantec nos retornan á la natura, que es la que tiene más visos de verdad; mientras que el cristianismo aborrece la vida terrena, con la ilusión de una vida de ultratumba.

Dejémosnos de consideraciones comunes y volvamos al libro de Le Dantec, *Les limites du connaissable*. El autor, que tiene mucha cultura clásica y moderna, se erige briosamente en destructor de errores tradicionales. Su obra se halla penetrada de cierto espíritu de novedad. «Cuando nos hablan de *incognoscible*, como si quisieran anonadarnos con esa palabra, lo mismo que con el vocablo *infinito* y otros, gratos á la gente dogmática, no inclinemos la cabeza y no dejemos que se proclame la bancarrota de la ciencia. Sí, lo incognoscible existe para el hombre; pero ese incognoscible se compone de lo que en el universo no tiene acción alguna sobre nosotros ó sobre los fenómenos que nos son accesibles. Por lo tanto, es ilógico atribuir á ese incognoscible la dirección del mundo.»

Las afirmaciones de Le Dantec en el curso de su libro son por demás categóricas y proclaman cierto amor por lo absoluto. Extraña ello al leer cómo elogia la prudencia de Lamarck, el famoso precursor de Darwin y autor de *La filosofía zoológica*, cuya memoria Le Dantec venera y cuya ciencia reivindica, pues el gran naturalista francés no se atrevía á ciertas conclusiones, por cuanto la ciencia no se hallaba en su tiempo bastante adelantada. ¿Cómo, pues, Le Dantec no imita á su maestro, ya que la ciencia no ha dado aún la última palabra? Y eso que él mismo dice que «hay que abandonar una idea, aunque sea grata, cuando los hechos la contradigan».

Le Dantec construye su sistema biológico sobre el principio siguiente de Lamarck: «Los cuerpos vivos tienen la facultad de componer por sí mismos su substancia». La biología de Le Dantec no persigue el descubrimiento de la esencia de la vida. Esta es, para él, un fenómeno esencialmente químico, ó á lo sumo físico-químico, y en tal idea se fundamenta también la obra de este autor. Su método es el siguiente:

«Estudiar todas las manifestaciones de la actividad de la materia, bruta y organizada, sin acordarnos de que nosotros, observadores, estamos formados por una materia sometida á las leyes generales». Después de establecer, por medio de un estudio puramente objetivo, las relaciones existentes entre los cuerpos organizados y los cuerpos brutos, nos preguntaremos cómo, de esas relaciones existentes de igual modo entre nosotros y los demás cuerpos de la Naturaleza, se nos ofrece el conocimiento de los fenómenos del mundo exterior. La posibilidad ó la imposibilidad de nuestras investigaciones depende de la modalidad de conocimiento suministrada al hombre por la estructura del mismo. *La naturaleza del hombre* es, pues, lo que limita el conocimiento del mundo accesible al hombre. El hombre no conoce las cosas por medio de un principio inmaterial que resida en él, sino gracias á los órganos de su cuerpo, sin los cuales no podría saber nada del mundo exterior. La imaginación nos lleva, por desgracia, á regiones inaccesibles á nuestro conocimiento. Le Dantec define, pues, la Naturaleza como una reducción á la escala del hombre de la síntesis de los fenómenos exteriores.

Estudia ingeniosamente el movimiento vital é impugna la idea de que la materia sea imponderable. La biología, que ha nacido gracias al transformismo, establece que todo ser vivo cambia incesantemente. El animal ó el vegetal es un conjunto de moléculas en vía de destrucción y de reconstitución perpetuas. El hombre es un agregado momentáneo ó la sucesión de agregados momentáneos de elementos materiales.

Marcel Renault, profesor en el Liceo de Cherburgo, ha publicado un libro admirable sobre la vida y la filosofía de Epicúreo. Si la cultura en Francia es tan brillante, se debe á hombres de gran talento, como Marcel Renault, quienes viven alejados de las vanidades mundanas, trabajando en silencio. Pocos libros he leído con emoción tan noble como el de este autor.

Epicúreo fué uno de los primeros en poseer un jardín en el interior de Atenas. Allí filosofaba con sus tres hermanos, admitiendo á esclavos en sus lecciones. Metrodoro, desde que le conoció, no se separó de él, y al morir tan fiel amigo, Epicúreo hizo de protector de sus hijos. El sentimiento de la amistad era su rasgo dominante. Epicúreo, sin creer en dioses ni en infiernos, llevó una existencia virtuosa. La virtud era, para él, el principal elemento de la dicha.

El materialismo se formula en sus ideas. A muchos ha asombrado que tales principios le condujeran á la moralidad y no á la inmoralidad. De ahí que Renault se pregunte:

«¿Hemos de creer que no pueda deducirse ninguna regla de vida del materialismo, ó bien esa doctrina puede llevar legítimamente á una moral?»

La filosofía es una teoría de la Naturaleza. Muestra lo que subsiste bajo lo que pasa examina, si es posible, la existencia de un principio inmaterial ó si el alma sólo es materia; si el mundo ha sido creado por una voluntad soberana ó formado por sí mismo. Epicúreo persigue la verdad, porque es indispensable á una vida dichosa. De su escuela proscribió á la retórica, por inútil. La preocupación primera del filósofo ha de ser la dirección de su vida. Muchos creen que la filosofía de Epicúreo consiste en preconizar la satisfacción de los deseos, mientras que él recomendaba en sus lecciones el arte de moderarlos, si se quería ser feliz. El alma del hombre es un abismo sin fondo, en el que no se acaba nunca de verter nuevos placeres.

La parte sencial de la filosofía era, para Epicúreo, la *ética*, que comprendía la *física*, para dar una teoría de la Naturaleza, y la *canónica*, que trata del criterio sobre la verdad. Los principios generales de la física son los de la permanencia del ser: nada se crea, nada se pierde. El universo sólo contiene los cuerpos y el vacío. Los cuerpos que vemos y tocamos se componen de cuerpos elementales, invisibles é indivisibles, llamados átomos. El universo es infinito, el espacio se extiende á lo infinito y los átomos son en número infinito. Los átomos tienen por cualidades la solidez, la figura y el peso; pero el frío, el calor, la sonoridad, el olor y el sabor sólo se hallan en nosotros. Los átomos se mueven constantemente.

Es interesante seguir su idea de la formación del mundo con la teoría de los meteoros, lo mismo que la explicación del origen de la vida, lo cual nada tiene de misterioso para Epicúreo. Pasa al estudio de la especie humana, que lleva en germen la antropología, y se ocupa de la naturaleza del alma, que nace y muere con el cuerpo.

En la parte canónica trata del origen empírico de las ideas y de la naturaleza de las sensaciones. Y en la moral declara que el bien no consiste en complacer á los dioses, que no se ocupan del mundo. El bien es el placer; pero nadie puede ser feliz sin ser juicioso y templado, sin ser valeroso y justo. Para alcanzar la dicha, urge más tener el alma tranquila que el cuerpo sin dolor.

Tal es, en síntesis, la filosofía de Epicúreo, que Marcel Renault comenta con inteligencia.

Mr. Alfredo Naquet, en su libro *La loi du divorce* hace la historia de las campañas, que realizó para que se promulgase dicha ley en Francia. Este fué un medio de contribuir á la abolición de la esclavitud matrimonial, y por ello merece plácemes de los espíritus avanzados.

Cierto que Naquet, ante la oposición violenta que se le hizo en el Parlamento, se vió obligado á transformar el proyecto primitivo del divorcio libre en el del divorcio restringido, que es el que se legisló. Pero ahora publica su libro para probar que sigue siendo partidario de la última reforma.

Una vez lograda ésta, podrá considerarse como instituido el amor libre, que lo es ya en París entre muchos, no de hecho, sino de derecho. A medida que la civilización se acentúa, se van haciendo imposibles las uniones matrimoniales, porque la mujer quiere defender su personalidad, de la que tiene conciencia. Se acabó el tiempo en que sólo era un instrumento material y una esclava moral del marido; Nietzsche, que algunos toman por muy moderno, preconiza esa vieja situación conyugal, cuando declara que la felicidad del hombre debe consistir en realizar el *yo quiere*, y la de la mujer el *él quiere*.

Las mujeres burguesas contraen en París alianzas matrimoniales por interés, no llevando apenas vida conyugal con su marido; pero cambian de amantes como de tocado.

Hemos de considerar á Naquet como un espíritu bienhechor. Se le echa en cara que, desde la promulgación del divorcio, las separaciones conyugales van aumentando cada día; pero él arguye, con mucha razón, que ello indica cuántas iniquidades se amparaban en la antigua imposibilidad de divorciar; por lo que su ley permite á muchas personas librarse de un tormento que, de lo contrario, duraría hasta la muerte. Cosa terrible es, en verdad, que vivan juntos constantemente dos seres que se odian y que se mortifican.

Cierto que la unión libre no podrían establecerla las leyes de una sociedad burguesa, y sí sólo la impondrán las costumbres de la humanidad progresiva. Naquet dice: evolucionando del republicanismo al socialismo, que la transformación de nuestras sociedades comenzará por la esfera económica, y que la libertad de la familia, en lugar de originarla, será una consecuencia de ella. Pero sostiene que la libertad en la unión de los sexos, tanto al principio como al fin, ha de formar parte indudable de la transformación social. Añade que, con el uso de la libertad, es como se alcanza siempre una mayor libertad.

Si Naquet, con su libro, y los hermanos Margeritte, con su petición, obtienen el divorcio libre, volveremos al derecho revolucionario que comenzó á instaurar la clásica Revolución Francesa.

Mr. E. Pilon ha publicado un folleto sobre Octavio Mirbeau con notas biográficas, con semblanzas críticas y dibujos representando al maestro.

Al final léese una copiosa bibliografía.

Mirbeau, como novelista, ha estudiado profundamente los instintos perversos de los hombres, fijándose especialmente en las almas que despiden un hedor más impuro. Tiene mucha memoria visual, y su imaginación percibe los individuos de modo plástico y, á veces, en caricatura. Critica su conducta con sus propios actos y sus palabras mismas. Ha llegado á las tinieblas espantosas de su conciencia, con repulsión; y expone sus abominaciones animado por su ideal social. Mirbeau ha fustigado á falsos pastores y á mercaderes del arte; pero se ha entusiasmado ante la hermosura de una obra. Quiere lo absoluto en el arte y en la justicia; Mirbeau no es cruel. Cuando se le conoce, vese mucha bondad en su corazón tempestuoso y lóbrego. En su cara, dice Rodembach, sus ojos azules muestran tanta ingenuidad, tanta ternura y tanta juventud, á despecho de su edad, que parecen de niño, como dos manantiales del campo, y brillan con lealtad, conmoviéndose y empañándose en lágrimas... Mirbeau gusta de las flores y las llamó sus amigas violentas y silenciosas...

Jules Laforgue es un poeta que abomina de la naturaleza y Marc Laforgue otro que la canta con entusiasmo. Aquel llega al extremo de ridiculizarla con sutiles imágenes grotescas y aplicarla dicitos soeces.

Laforgue, por el contrario, es de una candidez primitiva y carece de originalidad en sus metáforas.

Jules Laforgue padeció, con talento, una fuerte indigestión literaria. Los libros llegaron, en verdad, á producirle náuseas; pero la emoción original y enferma de su poesía, quedó amortiguada por sus extravagancias librescas. Moral y filosóficamente, Laforgue fué una víctima de Hamlet, al que interpretó por el lado de la locura.

J. Pérez Jorba.

SICUT ERAT IN PRINCIPIO ⁽¹⁾

Lo que los exploradores portugueses han hecho durante cierto tiempo fué prodigioso. Establecieron una cadena de fuertes á lo largo de la costa Oeste de Africa, y sobre la costa Este hasta el mar Rojo; además fortalecieron las orillas del golfo pérsico, toda la costa de Malabar, la de Coromandel, entre las islas del Archipiélago, y las de Siam y Birmania hasta el Cantón y Shanghai. Con sus insignificantes elementos conquistaron ejércitos poderosos; con sus pequeños castillos gobernaron vastos imperios. Pero nunca fueron otra cosa que asesinos y ladrones sin honradez y sin piedad.

Admirando su pasmosa energía, llegamos casi á olvidar sus vicios; pero la gloria que les rodea es muy pálida comparada con el horror que inspiran sus actos. Leemos historias de árabes que habiendo recibido salvo-conductos y no ofreciendo resistencia alguna á sus conquistadores, eran cosidos por éstos en una tela y arrojados al mar, ó torturados física y moralmente quemándoles la carne con grasa hirviendo. Leemos también cómo los soldados victoriosos se divertían haciendo de sus prisioneros pasto para los cocodrilos, los cuales volvíanse tan mansos, que sacaban del agua sus grandes cabezas cuando los soldados les silbaban. Leemos que muchos indígenas, huyendo al furor de sus dominadores, refugiábanse en los bosques con los tigres y en las colinas con las panteras, y leemos, en fin, el relato de madres que eran condenadas á machacar sus hijos en los morteros de arroz, y de muchos niños á los que se balanceaba en la punta de las lanzas. Los conquistadores portugueses dicen que esto último era «enseñar á cantar á los pollitos».

La generación de los héroes acabó por marcharse, y en su lugar se estableció la generación de los favorecidos. Los cortesanos aceptaban funciones en las Indias sin otro objeto que el de enriquecerse explotando á los indígenas en la menor cantidad de tiempo que les fuera posible.

Aquí tuvo su origen el antiguo proverbio de que la humanidad y la justicia desaparecían cuando se daba la vuelta al Cabo. Decíase también que el dinero ganado en las Indias desaparecía pronto, como dinero maldito. Los pocos que amaban sinceramente á su patria y deseaban servir con lealtad á su rey, eran mirados como enemigos de sus compañeros y arruinados por las intrigas. Así se veían en Lisboa viejos soldados arrastrando por las calles sus andrajos, muriendo en los hospitales, mendigando á las puertas de los palacios que ellos habían llenado de oro. Hombres cuyos nombres hacen hoy la gloria de su país natal, eran entonces despreciados absolutamente. En la isla de Macao, sobre la costa china, hay un pequeño bosque tapizado de verde aterciopelado y cubierto por un follaje tan espeso, que el sol tropical no puede atravesarlo. En el centro tiene una gran cascada pedregosa forrada con raíces de árboles gigantes. Aquí, en este pobre refugio, un desterrado cantaba la gloria del país natal que le perseguía. El desterrado se llamaba Camoens; su canto *Os Lusíadas*.

Los inmensos territorios de los españoles y portugueses fueron reunidos por Felipe II, que cerró el puerto de Lisboa á los holandeses como rebeldes y herejes. Los holandeses no se ocupaban de hacer largos viajes por curiosidad; pero sabían realizarlos si esto convenía á sus negocios. Cuando les impidieron comprar la canela, el jengibre, la nuez

(1) Así en antiguo castellano.

moscada y el clavo en Lisboa, tomaron la resolución de ir á buscar todo esto en el mismo país donde se producía.

Los ingleses siguieron el ejemplo, como también los franceses. Durante algún tiempo hubo guerras continuas en los trópicos. Por fin todo se arregló. En las Indias orientales y occidentales, los españoles y los portugueses poseían todavía un vasto imperio. Pero ya no estaban solos. Los holandeses, los ingleses y los franceses, obtuvieron terrenos en la América del Norte y en las islas de las Indias occidentales, sobre la península del Indostán y el archipiélago indiano, y también sobre la costa de Guinea.

El Oeste de Africa se compone, naturalmente, de regiones pastorales, de regiones agrícolas y de bosques montañosos ó de pantanos, donde los indígenas son salvajes y envilecidos. Las colinas y los terrenos encharcados son parques de esclavos donde las tribus pastoriles, cuyo oficio es la guerra, hacen cada año la caza. Los cautivos son comprados por las tribus agrícolas, que los explotan haciéndoles trabajar sus campos. Este tráfico indígena existe aún, y proviene de hace muchos siglos.

Los tuaregs ó moros tanues que habitan el Sahara sobre las fronteras del Sudán, hacían salidas periódicas en este país para proveerse de esclavos, alguna vez arrancados como tributo á un jefe vencido, otras veces obtenidos á cambio de caballos, de sal ó de tela de lana. Cuando la Berbería era habitada por gentes ricas, dadas al lujo, como los cartagineses, que compraron una vez cinco mil negros para sus galeras, un número inmenso de esclavos tuvo que ser exportado á través del desierto, donde pereció gran parte, pues es esta una región que mata hasta los camellos que la atraviesan.

Desde los tiempos primitivos, los negros han sido pretendidos como esclavos á causa de su docilidad y bizarro aspecto. Así se encuentran en el antiguo Egipto; así se les ve en Grecia y en Roma. Durante la Edad Media los exportaban de la costa del Este del Africa á las Indias orientales y á Persia, donde los califas los mandaban en tropas á Bagdad. Los venecianos comprábanlos en Trípoli y en Tuniria para revenderlos á los moros de España. Cuando los moros salieron de aquí, el comercio de negros continuó, viéndose á éstos mucho tiempo después en el mercado de Sevilla.

Los exploradores portugueses llegaron hasta el país de los esclavos é importaban diez mil negros por año antes de que el Nuevo Mundo fuera descubierto. Los españoles, que poseían con frecuencia esclavos negros, los hacían trabajar en las minas de Santo Domingo; y habiendo averiguado que el trabajo de un negro igualaba al de cuatro indios, se arreglaron para importarlos de Africa. Cuando los holandeses, los ingleses y los franceses hubieron adquirido plantaciones en América, ellos también pidieron negros y establecieron depósitos en Guinea para procurárselos. Angola, colonia portuguesa, aprovisionaba el Brasil; Elmina surtía el Manhatan holandés; *Cape Coast Castle* proveía la Barbada, la Jamaica y la Virginia. La Luisiana y las Antillas francesas importaban del Senegal; la Dinamarca misma tenía una ó dos islas en las Indias occidentales y uno ó dos fortines sobre la Costa de Oro. Los españoles eran los únicos que no tenían establecimiento en Guinea. Durante un cierto período compraron á los negros por contrato ó *asiento* con el rey de Inglaterra.



Mientras duró el último siglo, hacíase un comercio insignificante de oro y marfil en Guinea; pero estos dos productos no eran más que accesorios: el verdadero comercio de aquellas regiones consistía en la trata de negros. Al principio los europeos cogían los negros que encontraban en la playa ó que visitaban los navios con sus canoas, mas los

«indígenas pérfidos» usaron de represalias que los forzaron á abandonar estas prácticas, y el tráfico fué reglamentado sobre principios de equidad. Encontraron que la mejor política es la honesta, y que comprar los hombres era menos costoso que robarlos. Además de las colonias europeas, había puestos de indígenas sobre la costa de los Esclavos, entre los cuales el de Whydah, puerto de mar de Dahomey, era el más importante. Cuando un negrero entraba en rada, disparaba un fusil y un gentío inmenso bajaba á la playa; la lancha tomaba tierra con la dificultad del retroceso de las olas del mar cuando se retiran de la orilla, y el patrón se dirigía hacia un gran árbol, cerca del desembarcadero, donde el gobernador de la villa le hacía una recepción oficial.

La capital estaba situada á sesenta millas de distancia, y al capitán lo llevaban hasta allí en su hamaca, junto con ricas sederías y otros regalos para el rey. Este monarca se ganaba la vida cazando á sus vecinos y vendiéndolos luego á los europeos.

El hacía periódicamente la guerra, verificando salidas una vez al año, á veces por un lado, á veces por otro... Cuando el rey volvía de su campaña anual, invitaba á todos los blancos del Whydah, que disfrutaban el título de *amigos del rey*, á examinar sus esclavos. Para comenzar la operación, el rey asesinaba una gran cantidad de cautivos, á fin de que fueran á saludar á sus difuntos padres, de esta manera comprobábase el grado de desarrollo que el respeto filial tenía en aquellos seres. A los mercaderes les mortificaba este despilfarro de buena carne, pero ¡qué diablo!, había bastante para todos en los establecimientos de la costa. Angola solamente era bastante importante para que se la pudiera dar el calificativo de colonia, y era portuguesa. Los establecimientos portugueses, ingleses y franceses, no pasaban de ser factorías fortificadas, mitad castillos y mitad tiendas, habitadas por los mercaderes, y donde estaban almacenados los comestibles, el ron, el tabaco y la pólvora. Los traficantes indígenas visitaban estos establecimientos, en los que recibían provisiones fiadas, y viajaban por el interior hasta que llegaban á una villa de guerra. Allí depositaban la mercancía y pedían el número de esclavos convenido. El jefe hacía salir la milicia, que verificaba su marcha de noche. Antes de la aurora ya se había atacado el poblado. Los que resistían eran muertos; los otros encadenados con hierros fabricados en Birmingham y entregados á los traficantes, que los conducían hasta la costa. Allí eran almacenados en las prisiones de los fuertes ó en los establecimientos llamados «barracones», hechos para ellos expresamente. Y cuando el negrero se disponía á partir, hacíalos marcar y los embarcaba. A bordo los colocaban en el primer puente como sardinas en barril. Ellos se creían desgraciados hasta el punto de imaginarse que los exportaban para comerlos. Los esclavos consideraban cantales á todos los blancos; tenían entendido que los bonetes rojos de los mercaderes eran teñidos con sangre de negros, y se figuraban que el jabón blanco fabricábase con sesos de los mismos. Frecuentemente rehusaban la comida; entonces se les abría la boca con un instrumento, conocido por los cirujanos con el nombre de *speculum oris*, que se emplea en los casos de rigidez espasmódica, y de este modo se les obligaba á comer contra su voluntad. Como el ejercicio es necesario para mantener la salud, se mandaba á los esclavos saltar, cada cual en su sitio, y si no obedecían había el látigo para persuadirlos. Esta gimnasia vigorizaba los músculos y los pulmones, hacía circular la sangre y facilitaba la digestión de las habas, único manjar de los esclavos. Pero éstos eran tan tercos, que muchos, haciendo grandes esfuerzos de voluntad, conseguían eximirse de la tiranía á que estaban sometidos, muriéndose de pena, y cuando se pretendía que algunos pasaran por el puente, los ingratos arrojábanse al agua y se ahogaban con un gesto en triunfo. Al llegar á las Indias occidentales se les encerraba en las escuelas de trabajo, donde eran bien adiestrados; á la

vez disfrutaban la ventaja de habitar un país cristiano, lo que, realmente, no favorecía gran cosa su dicha temporal, pues si una señora encerraba á su cocinero en el horno de donde había sacado la torta mal cocida, si un plantador hacía ahogar un esclavo en el azúcar hirviendo, si un evadido era cazado por los sabuesos, azotado y colgado vivo en garfios de hierro, si un viejo esclavo inútil era abandonado para que se muriese, las autoridades de las Antillas no prestaban la menor atención á tales nimiedades. El esclavo de un colono era «su dinero»; solamente cuando un hombre mataba al esclavo de otro se le castigaba, y nada más que imponiéndole una ligera multa. Sin exageración, los perros y los esclavos del imperio británico son hoy más protegidos por las leyes que los negros esclavos durante el siglo XVIII.

Winwood Reade.

ZOLA

¡Hugo—genio, profeta, semi-dios—llena la primera mitad del siglo XIX con su verbo fulgurante, con su enorme labor de intelectual vidente, con su incansable propaganda civilizadora y altruista. Sus obras—llamaradas de luz en el desierto—son faros inextinguibles que señalan la ruta á las caravanas sedientas del Ideal, futuras conquistadoras de la Jerusalén celeste; monumentos imperecederos del espíritu humano y del arte en su expresión más alta!

Después del olímpico é incomparable creador de tipos legendarios y románticos, vino Zola.

Naturaleza férrea, escritor de estilo muscular y garra potente, lleno de vigoroso empuje; más observador y analítico que lírico é imaginativo; casi igual á su antecesor en el violento colorido y la pincelada magistral y amplia de los cuadros épicos, en la descripción de las muchedumbres exaltadas, de los ejércitos en desbande y de las hecatombes sangrientas; un tanto debajo como artista excelso, pero sin paralelo posible en el terreno de la propaganda y de la acción conjunta, Zola llena la otra mitad del siglo XIX y alumbró los comienzos del XX con fulgores de incendio.

La obra entera de este filósofo, psicólogo y agitador titánico, encierra una enseñanza, marca un rumbo, anuncia un alba.

Y de la primera á la última de sus admirables concepciones vibra, con resonancias insólitas, el anatema para el mal, el grito de protesta para la justicia ultrajada, el clamor prolongado contra todos los vampiros de la tierra.

Con brazo robusto, flageló la corrupción dorada de las clases aristocráticas, el frío egoísmo de los modernos Shylock, el brutal desprecio con que los Calibanes advenedizos contemplan el harapo y la miseria; y marcó con hierro candente las espaldas de los intrigantes políticos, de los grafómanos serviles, de los turiferarios de espada y toga y de los llamados sacerdotes de la moral social y del culto divino.

Vengador austero, llevaba en la diestra la Verdad, hacha con la cual iba apartando las malezas de la selva para dejar libre el sendero por donde pasarán mañana las hordas revolucionarias, en marcha hacia la nueva Aurora, que despunta roja entre las livideces del horizonte trágico.

No ha existido, en este sentido, si exceptuamos á Tolstói, un alma más valientemente serena, y más noblemente altiva, casi diría divina, por el soplo misterioso que la agitó.

Zola había ya probado los incruentos sinsabores de la lucha, cuando pobre y joven entró en París para abrirse brecha y romper el anónimo; tuvo después que reduplicarla al destronar á envidiosos rivales, que trataban de cerrarle las vías del éxito inmediato, calificándolo de inepto y loco; pero la prueba final, donde tuvo que apurar la copa de la suprema amargura, le esperó en la madurez, cuando, triunfador y glorioso, en vez de descansar sobre los laureles conquistados, prefirió arrostrar los vejámenes del populacho soez y las infamantes injurias de la canalla galoneada, en ese tristemente célebre proceso Dreyfus, en que puso á prueba cien veces la vida para salvar la de un inocente, y que antes de ahogar el estallido generoso de su conciencia airada, habría escalado el cadalso serenamente augusto.

Hombres así, son el orgullo de su pueblo y de su raza.

Sobre la altiva cabeza del león bravo cayeron entonces todos los rayos de la Tormenta y de la Noche.

Tuvo que sostener el formidable combate contra los malvados de Arriba y los de Abajo. ¡Doble y prodigiosa Victoria!

Del antro ominoso en que yacía sepultada la víctima expiatoria de la más negra infamia, salió relampagueando el tremendo *F'accuse* que la redimió.

Brilló de nuevo la justicia, y el aplauso atronador de los corazones honrados apagó el clamoroso aullido de la canalla frenética.

Fué esa la última soberbia etapa de su campaña homérica.

El gran luchador descansa en paz.

La bandera queda desplegada á los cuatro vientos del espíritu. Sobre su tumba, inesperadamente abierta, no cabe la Elegía. Las plegarias y las lágrimas no condicen con estas organizaciones de talla gigante, con estas cabezas sobrehumanas, circundadas de una aureola inmaterial, de un halo extraterrestre: son más elocuentes el sordo dolor y el colosal asombro de las multitudes desorientadas.

Cuando pasen las pasiones del momento y desaparezcan las intrigas de la Maldad, coaligada con el error y la Hipocresía y triunfen los altos ideales del Maestro, se verá que su carrera—Drama, Idilio, Epopeya—, fué una constante y progresiva ascensión hacia la eterna Verdad, que es la eterna Luz; que la buscó en todo: en la Naturaleza y en la Vida, en los subterráneos de la mina y en las campiñas fecundas, en los palacios suntuosos del potentado ahito y en los tugurios de la plebe hambrienta, en el vientre de París y en las catedrales de Roma, en la Lina y en el Fango; y que en pos de esa Verdad sacrosanta, socabó los cimientos del orden social decrepito, mostrando á los ojos de la humanidad atónita las llagas cancerosas del Vicio y del Crimen, el esqueleto del mito clerical, la inicua explotación del proletario; destruyendo los claustros—sepulcros blanqueados de la Fe—, donde se guarecía la superstición, y abogando entre sus puños hercúleos el fatídico Cuervo. Huracán, torrente, avalancha á la vez, su voz fué trueno cuyo estampido recorrió el planeta, derrumbando los falsos ídolos y atravesando como espada flamígera las tinieblas de la Ignorancia.

Se verá, sobre todo, que impulsó cual ninguno las novísimas ideas sociales, poniendo incondicionalmente su talento y su alma al servicio de la regeneración de las masas desheredadas, haciendo del arte supremo de la palabra escrita un instrumento incomparable de Civilización y de Progreso; descuidando quizá, á veces de intento, el puro goce estético para realizar la hazaña portentosa de iluminar el cerebro del Hombre, *humanizándolo más, y poniéndolo así, en verdadera comunión con Dios y la Naturaleza.*

Cuando llegue, pues, el día, por cierto no lejano, de la consagración póstuma de Zola,

la Francia—cuyo honor salvó en una hora solemnemente histórica, en que el mundo entero tuvo las miradas fijas en él—, volverá por su recuerdo y le levantará sobre la torre más alta de la Ciudad Sol un monumento que, al perpetuar su memoria augusta en el corazón de las generaciones, será símbolo del Genio Soberano y de la Verdad Omnipotente.

Buenos Aires.

Luis A. Beriso.

POR LOS BÁRBAROS

Maravíllame el aturrido despertar de una porción de inteligencias jóvenes á las ideas nuevas. Y digo nuevas, sometido un tanto á los serviles modismos de una pobre literatura que se hincha con palabras y se nutre de vaciedades. Nuevas no lo son. Cualquier postura que se tome se acomoda bien á esta ó aquella filosofía del tiempo viejo. Quitad las formas y las influencias de la época, lo hallaréis todo, mejor ó peor definido, en la sabiduría vulgar y en la sabiduría de casta. Cuestiones de método, injertos de ciencia desenvuelta en raquíticos arbustos de especulación naciente, refinamientos de la nerviosidad contemporánea, es cuanto de novedad puede ofrecerse al incauto lector que busca en el libro orientaciones sanas para su cerebro. Lo mismo en el período sociológico, que en el político y teológico, se debate un asunto primordial, un problema único, pero amplísimo, que abarca la existencia individual y la existencia de la humanidad entera: el derecho al desenvolvimiento integral. En cada tiempo los términos del problema afectan una forma diferente; pero la incógnita permanece irreductiblemente la misma. Y es que, procediendo los hombres por tanteos, á la hora actual todavía no se sabe si hemos dado con la ecuación que, ligando por sus verdaderas relaciones los términos verdaderos de la cuestión, nos ha de facilitar el hallazgo inmediato del valor real de la incógnita.

La anulación del individuo se llama un día fe, después ciudadanía; el trabajo se organiza un tiempo en la esclavitud, en la servidumbre luego, en el salariado finalmente. Y el nacer de las teorías redentoras implica siempre las mismas pretensiones: ya se llama libre examen, ya igualdad ante la ley ó bien emancipación del esclavo y supresión de la servidumbre, para venir á parar, como último término, en la libertad total de manifestación y de acción y en la igualdad económica y social. En suma: grados diferentes de una misma aspiración que se resume en lo que hemos llamado el derecho al desenvolvimiento integral de la personalidad como productor y como hombre.

En nuestros días, cuando el pensamiento ha formulado los mayores atrevimientos, hallada, según creemos, la ecuación definitiva del problema, las inteligencias jóvenes se han lanzado resueltamente por el sendero de las sorpresas intelectuales. Empiezan las singularidades, las posturas airoas, los gestos bellos, y en la infecundidad de un diletantismo personalísimo, se consuma la obra extraordinaria del levantamiento de una nueva Babel á la mayor gloria de los egoísmos individuales. En el despertar de la juventud sólo hay por el momento una cosa buena, noble, pura: la bondad del propósito. Pero á partir de esta bondad, cada uno mira más para sí mismo y con mayor intensidad hacia el exterior de oropeles y plumajes que hacia dentro, donde radica el entero y positivo valor de la personalidad. La multitud queda sacrificada cuando no sumida en el desprecio olímpico de los escogidos: puesta en cruz antes, puesta en cruz ahora, puesta en cruz siempre.

Así como tuvo Proudhon y tuvo Marx sus satélites; así como los astros brillantes de la escuela filosófica alemana hicieron su obra de proselitismo y dividieron las inteligencias en tantas cuantas legiones requieran sus distingos sutiles; así también nuestra juventud, nuestros apóstoles, nuestros novísimos precursores hanse dividido hasta lo infinito, sumidos en la beatitud contemplativa de unas cuantas tesis hermosas, chocantes á veces, á veces crueles y antihumanas. Marx, Stirner y Nietzsche, Spencer y Guyau, todos los que han puesto en la labor especulativa un poco de arte ó un poco de ciencia, todos los que han dado una nota vibrante, tienen á su devoción entusiastas partidarios cuya visibilidad es apta solamente á través de un cristal único de coloración invariable.

Y allá van los preconizadores, jóvenes y viejos, atropelladamente tras un mundo nuevo, una sociedad libre, mientras su mentalidad se extravía en el angosto cauce del dogma y de la secta, mientras su neurósica efectividad se diluye en una egoística moralidad infecunda, muerta. No hay liberación allí donde el exclusivismo de una tesis seca las fuentes de la verdad amplia, grande y generosa. No hay liberación allí donde sólo repercute armónicamente un ritmo único. No hay liberación ni mental ni moral. Hay reproducción, bajo nuevas formas, de las viejas preocupaciones y de las viejas inmoralidades.

La propaganda marcha así envuelta en todo género de errores y particularismos. Quien sólo para mientes en las necesidades materiales; quien canta monótonamente las excelencias de una vida que hasta ahora no merece la pena de ser vivida; quien se enajena en la contemplación arrobadora de la belleza, hartó lejana en medio de las miserias y de los horrores del momento; quien se encarama á las alturas de la superhombria y mira con desdén olímpico la pequeñez de los microbios, que trabajan como lobos y sudan sangre, para que todo esto que vivimos no se derrumbe; quien, en fin, después de recorrer toda la escala del humanismo sentimental, va á encenegarse en la charca del más bestial egoísmo elevado á la categoría de suprema ley de los hombres.

Entretanto, los supervivientes de la esclavitud y la servidumbre, los mismos jornaleros del surco, del taller y de la fábrica, la masa ignorante y grosera que dicen algunos, allá se debate y revuelve rabiosa contra todas las fatalidades ambientes que la aniquilan. Sojuzgados, sometidos, materialmente anulados como hombres por la falta de lo que gozan hasta las bestias, ¿qué gran obra no es la de los obreros que sin sutilezas filosóficas ó artísticas está transformando el mundo en el fragor de las luchas contemporáneas?

La chispa, la luz, estará allí en la mentalidad de los precursores; la acción está aquí en el impulso irresistible de los bárbaros.

¿Hay dualismo? Si existe, búsqese su origen en la sequedad y el particularismo de los intelectuales, palabreja inventada en mal hora para acusar la existencia de una casta más, cuando es preciso que no quede sobre toda la tierra ni un solo muro, ni un solo valladar, ni una divisoria, ni un amojonamiento.

Preconizamos una sociedad nueva á nombre de ideales amplísimos de emancipación integral. ¿Y nos hemos emancipado nosotros mismos moral é intelectualmente? Mostramos á cada paso nuestros exclusivismos hasta el punto de que mientras abajo—permítaseme este lenguaje clásico de los tiempos heroicos de la sensiblería democrática y socialista—que mientras abajo, digo, se bate el cobre todos los días; arriba, entre los que alardean, quedamente ó en alta voz, de una superioridad hartó dudosa, se bate... la tontuna teorizante, se hace alarde de fatuidades intelectuales necias y se libra la batalla de los mezquinos personalismos y de los rencorcillos mal encubiertos.

Se me dirá que entre la multitud grosera é ignorante, que así entre los campesinos extenuados por un trabajo aplastante como entre los obreros industriales embrutecidos

por la fábrica, cuando no por la taberna, también la pasión hace estragos y el raquitismo de miras y la envidia y el encono esterilizan la fuerza necesaria á la emancipación personal y á la emancipación colectiva. Mas cuando esa fuerza es sacudida por cualquier circunstancia, la legión de esclavos sobrepónese á todas las minucias; y entonces es menester entonar himnos á la bravura, al espíritu grande de solidaridad, á los arrestos heroicos de los bárbaros. Hablad de aquel mágico erguirse del proletariado barcelonés; hablad del obrero de La Coruña, de Badajoz, de La Línea, de Sevilla y de tantas ciudades que hicieron en pocas horas por el advenimiento de la revolución más que las innumerables y largas tiradas de artículos y de discursos de los intelectuales. Salid de España, Holanda, Italia, Norte América, la República Argentina, ¿no han presentado en línea de batalla enormes masas conscientes de trabajadores solidarios en la más amplia y generosa labor humana?

Es menester aniquilar el prurito teorizante, dar garrote vil á todos los exclusivismos: al dogma, al espíritu sectario. ¿Autoliberación se ha dicho? Pues es preciso desembarazarse de los prejuicios de escuela, de los errores de método, de los vicios de estudio. Todo es verdad fuera de cualquier particularismo doctrinal. Exáltese cuanto se quiera la personalidad, que contra el encogimiento cobarde del individuo sometido á todas las brutalidades de la fuerza que le anula, grande, formidable, es necesario que sea la reacción provocada. Cántese con fuerte y vigorosa voz la vida, la vida digna de ser vivida, que contra el moribundo aliento de una humanidad sojuzgada, fanélica y enferma, energética, decisiva ha de ser la pócima que la retorne á las esplendideces de la existencia sana y alegre y satisfecha. Ríndase á la belleza, al arte, el tributo de los más puros entusiasmos, que contra la fealdad espantosa de una sociedad que se arrastra en todas las pestilencias y suciedades de la bestialidad, ha de ser necesariamente poderoso el reactivo. Llevemos tan allá como quepa en los espacios de nuestra mentalidad, la supremacía del hombre, su propio yo como eje de toda la existencia: que habituados á la vida servil, somos incapaces de comprender que todo se deriva de nosotros mismos, y que el más hermoso ideal de todos los ideales es aquel que formulamos al afirmar que la labor de los siglos y de las generaciones no es para el hombre más que uno: el de superarse á sí mismo. Vayamos tras el hombre nuevo, trepemos animosos por los abruptos riscos; que la fe, sin embargo, no nos ciegue hasta el punto de olvidar que no hay un término para el desenvolvimiento humano; que el ideal se aleja tanto más cuanto más á él nos aproximamos; que la cima, en fin, es innaccesible. Pero abramos de par en par las puertas de nuestro entendimiento, reuniendo en una amplia síntesis el contenido de la aspiración suprema, de la cual no son más que elementos componentes todas esas parciales doctrinas que parecen dividir á las falanges que preconizan una sociedad libre. El desarrollo integral de la personalidad, el anarquismo sin prejuicios, sin particularismos, tal es la expresión genérica, universal, positiva de tantas y tantas al parecer divergentes tesis de nuestros jóvenes y de nuestros precursores, y de nuestros propagandistas.

Cuando esto se haya hecho habrá comenzado la auto-liberación, cuya necesidad viene impuesta por el desarrollo de las ideas y las exigencias de la lucha. Pero no habrá hecho más que comenzar. Faltará todavía que nadie se encierre en su torre de marfil, que nadie pretenda quedarse en las cumbres del saber, engreído que se desvanece con los zahumerios de su propia soberbia. Antes que seres pensantes, antes que artistas, somos animales de carne y hueso que necesitamos nutrirnos, llenar el estómago, cumplir todas las funciones fisiológicas, acallar á la bestia para que el hombre surja. Es menester mirar á las multitudes que mal comen y mal visten, que lo ignoran todo porque de todo

carecen; que arrastran una existencia más miserable que la de los brutos; y mirarlas, no por caridad ni por humanidad, sino porque tienen el mismísimo derecho á su total desenvolvimiento que el más pulcro, el más sabio, el más esteta de los intelectuales, de los escogidos; porque la emancipación, para ser real y efectiva, ha de ser universal, que en medio de un rebaño de hombres, nadie podría gloriarse de gozar libertad, bienestar y paz.

Si no hubiere íntima compenetración entre todos los que de un modo ó de otro sufren las consecuencias de los anacronismos sociales, si se hiciera de los ideales modernos regalo exquisito de los entendimientos superiores y se dejara á la masa ignorante—que no lo es más que en los términos de una petulancia sabia inaguantable—; si se dejara á los *barbaros* abandonados á su estultez y á su miseria, ni la emancipación llegaría jamás para los humanos, ni sería, en último término, para los que la llan á su propio esfuerzo y á su propio valer, más que un espejismo que, al cabo, les llevaría á la negación y á la degradación de sí mismos.

Por los bárbaros ha de ser el lema de los preconizadores de una sociedad nueva. Pan, mucho pan para los estómagos vacíos; abrigo confortable y abundante para los ateridos de frío, para los desnudos; vivienda amplia, bien oreada, con mucha luz y alegría para los que se acurrucan en sombríos tugurios, y venga luego, ó mejor al propio tiempo, ciencia, mucha ciencia; arte, mucho arte; venga la vida gozada intensamente en todas sus modalidades; venga la obra personalísima de trepar por los abruptos riscos; venga el caminar sin tregua tras el más allá jamás logrado. Cada uno de nosotros no vale más que su vecino por mísero que sea. No vale una buena pluma, una bella palabra más que el golpe del martillo que forja el hierro, que labra la piedra, que abre la mina; no vale más que la cuerda por donde el pocero se descuelga para limpiar las basuras comunes. No debería ser menester que tal se dijera á las alturas sociológicas á que hemos llegado y de que muchos se envanecen; pero lo es, sin duda ninguna, porque todavía estamos en las mantillas de una liberación muy voceada, pero incumplida.

Es necesaria esta liberación para todos los preconizadores de una sociedad libre. No hagamos, por ello, capillas; no levantemos muros divisorios. La Anarquía es la aspiración á la integralidad de todos los desenvolvimientos. Trabajemos, pues, en bloque por la emancipación de todos los hombres, emancipación económica, emancipación intelectual, emancipación artística y moral.

La pobre presunción de un puñado de hombres que haya podido concebir con alguna amplitud este porvenir hermoso y grande, humanamente justo, vale bien poco. Son los bárbaros los que empujan vigorosamente, los que van derechos al mañana entrevisto, los que con su acción decidida, muy grosera, pero muy eficaz, despiertan las soñolientas imaginaciones de nuestros jóvenes y de nuestros precursores. Son los bárbaros que golpean furiosamente nuestra mentalidad y nuestra afectividad, sumergida todavía en los atavismos filosóficos y dogmáticos; que golpean con igual furia á las puertas de la fortaleza capitalista y autoritaria.

¿Odios? ¿Palabras gruesas? ¿Adjetivos duros prodigados en demasía? ¿Para qué?

Lo que hace falta son ideas, ideas é ideas; acción, acción y acción. Y después que los superhombres, los escogidos, los talentosos, tengan todavía el arranque, que pudiera juzgarse sacrificio, de repetir conmigo: *Todo por los bárbaros.*

R. Mella.

La sociedad que fenece y la que nace.

Residía en un pueblecito alejado de la capital, donde el velo de la ignorancia cubría la sociedad; en una palabra, era un pueblo obcecado, los cerebros embrutecidos por el excesivo trabajo y los vicios, donde el pensar era calificado de crimen; á pesar de todos los obstáculos, en la capital tenía un contingente de compañeros tan exagerado, que creo no había por casualidad ningún indiferente á la causa redentora de la humanidad.

Se organizaron los proletarios conscientes y á éstos siguiéronles los inconscientes; formaron un numeroso ejército titulado el ejército productor, y en Asamblea general se acordó dar fin á este miserable orden de cosas, para implantar el de la justicia é igualdad y fraternidad que nos enseña la Acracia. El uno creído que me habían dado la grandiosa noticia, el otro imaginaba que habría recibido infinidad de cartas citándome al movimiento, pero nadie lo había hecho, y yo continuaba ignorando lo que iba á suceder; no sé de qué manera, si por imaginación ó por ráfagas de aire revolucionario, ó cosa así; al fin supe, aunque no de cierto, que la última batalla se daría á corta distancia de la capital, á la falda de la misma maldita montaña, y allí fui yo á ver si era verdad; efectivamente así fué; era una noche oscura como boca de lobo ó cosa parecida; todo acompañaba, la lobreguez del campo con su sepulcral silencio, de repente oy murmullos y pasos, y dije—ya estamos, aquí es—me acerqué más y ví que eran soldados; yo pensé—atrás—éstos no son los míos, á pesar de su original procedencia si me cogen me lynchan; en vano busqué á mis compañeros, no los hallé en parte alguna; por fin decidí retirarme; á distancia encontré una aldea, llamé, y sus moradores no se atrevían á abrirme la puerta; el pavor que les causó ver tantos batallones pasar por la tarde hacia el monte, parecía repercutir en sus oídos las notas vibrantes del criminal oficio de aquellas gentes ignorantes; les pedí por favor que me dieran albergue, que era un campesino como ellos, y les rogaba hicieran ese favor por un verdadero compañero de ellos, al fin logré lo que pedía; en el momento conocieron que pertenecía al regimiento de los hollados y oprimidos de su misma clase, y que les extrañaba no haberles visto, pero decían, sea á la madrugada, ó ahora mismo, no estarán muy lejos; quizá, entonces, les dije, voy á buscarles, no lo pude conseguir; me vi rodeado de aquella pacífica y tan singular familia que cobijaba aquel modesto techo; todos con avidéz extraordinaria me dirigían preguntas y aterrorizados decíanme que todo el día habían estado pasando soldados, cañones, caballos, y qué se yo lo que me contaban; me exigieron les explicase lo que significaba aquel movimiento; lo hice, y como serían sobre las doce de la noche, les pedí cama y en el momento me la prepararon; rendido y extenuado me acosté; pasaron algunas horas cuando todavía mi cuerpo empezaba á saborear el reposo; oy un toque de corneta, otro y otro, me desperté alegre, abrí una ventana, y vi que daba á un frondoso valle, nada vi de lo que me interesaba; abrí la otra que daba hacia el campo de acción y vi un numerosísimo y bien armado ejército que era imposible calcularlo matemáticamente, no hallaba al enemigo por parte alguna; extendí más la vista y vislumbré una aglomeración de hombres sin armas; dije rebosando de alegría, es el ejército productor con sus caras altivas y nobles, y algunos que otros furiosos en ademanes reivindicadores, todos disputaban y reñían para ir delante á pedir y liquidar cuentas á sus omnímodos burgueses y esclavizadores; en el momento decidí vestirme, pero antes de terminar oy disparos y un ruido que se asimilaba al de una gran tempestad.

Al poco rato vi lanzarse al ejército del vicio y la holganza con sus caracteres tan raros, poseídos todos de ambición y privilegio, sobre el ejército productor; pero este ejército, que todo lo poseía por sus fecundos brazos y sanos principios, empezó lanzando toxipiros de combinaciones químicas explosivas de fuerzas incomparables. ¡Oh! Aquello era monstruoso; siempre había en el aire una gleba de fieras humanas ensangrentadas, los caballos y mulos, al mal olor del humo, huían tirando por el suelo á sus jinetes; sólo el animal humano se ensañaba; aquello ponía los pelos de punta á cualquiera; las caballertas, con más instinto humanitario que los hombres, huían hasta estrellarse por no presenciar el espectáculo que se ofrecía ante mi vista; fué tan monstruosa la última batalla que hasta el sol fué confundido por el humo que emanaban los explosivos.

Después de corto lapso de tiempo, vi que los arroyos, inundados de sangre, corrían todos con dirección inquebrantable hacia la ciudad; pasadas algunas horas después de la destrucción del ejército haragan y esclavizador, la ciudad estaba inundada de sangre, y por encima del vado se vislumbraban unos librotos viejos que se leían en sus tapas en grandes letras: *códigos, biblias ó pentateucos religiosos y leyes de todas clases*; aquello era la última aparición de las leyes (causa del malestar social), las cuales iban arrastradas por la oleada de sangre á la mar, donde habían de sumergirse para siempre en profundo y merecido abismo.

Después del trágico espectáculo, vi la paz en el terreno normal; aquellos seres todos éramos felices ya: la sangre había pintado los edificios, los cuales relucían al sol; la felicidad universal era un hecho; aquí se veía un grupo, en el cual los seres humanos se amaban; los amorosos se daban aquellos estremecedores y magnéticos besos, con el profundo roce de labios que producían el éxtasis por la sensibilidad, aquellas pasiones tan refinadas y tan bien ejercitadas en el amor; aquello era sublime; ya no había pobres miserables ni ricos potentados y estrafalarios; pero lo que sí había era unos tipos que todavía veían en el ideal la vuelta á los privilegios; por todas partes veían caudales, soldados, buques de guerra, fábricas de su posesión donde millares de seres humanos trabajaban como bestias para llenar sus arcas burguesas; fincas rurales donde millones de campesinos morían extenuados por el inhumano y excesivo trabajo.

Todo eran visiones, todo era imaginado, todo era la locura y el dolor que les causaba dejar el ficticio pasado, era la pesadilla de ver feliz y libre á la humanidad, y al ver que todo era contrario á sus pensamientos y que era imposible retroceder á la pasada barbarie; por aquí se mataba uno, por allá se colgaban de los árboles; en una palabra, los verdaderos utópicos, los miserables, los sin valor, no encontraban otra solución que el suicidio, por lo que se tuvieron que nombrar comisiones para recoger los cuerpos de los miserables suicidas, para librar á la humanidad de una formidable peste, de la que hubiera sufrido deplorables consecuencias; todo por su desequilibrado pensamiento de ser opresores de la humanidad.

Al despertar, porque hay que advertir fué esto un sueño, me encontré con la realidad, realidad triste para los que sufrimos, aguardando sea un hecho la realización de la justicia.

Miguel Martínez.

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Precios de suscripción... { Un año..... 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordiu, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION

MALASAÑA, NÚM. 33. MADRID